



www.planetadelibros.com
www.paidós.com



Como lo anuncia su título, esta obra ofrece una introducción al estudio de la historia del libro, en la que la difusión transnacional de conocimientos y habilidades resulta un pilar fundamental. Este énfasis en el desarrollo social y económico permite una visión que se aleja del énfasis en las acciones de un individuo particular. Así, por ejemplo, las narrativas sobre el desarrollo de la imprenta desplazan a Gutenberg para acentuar las estructuras económicas, sociales y tecnológicas, y su difusión desde Alemania al resto de Europa. Al poner el énfasis en los procesos, este enfoque también evita la competencia pueril sobre quién "inventó" la imprenta y qué país lo hizo antes. *Una introducción a la historia del libro* se encuadra en el conjunto de obras escritas con la intención de reunir perspectivas internacionales: la del poscolonialismo, en el sentido de la relación entre las industrias editoriales de América del Norte y Europa occidental, y los autores y el público lector de los países que antes pertenecían al imperio; la de las redes comerciales -por ejemplo, entre el Reino Unido, Sudáfrica y la India-; y la de la globalización de la industria editorial, tanto en términos de su estructura como de sus productos. Estas nuevas historias desafían la autosuficiencia de la narrativa nacional y proporcionan, a través de los distintos periodos, mayor sentido a la historia del libro en tanto historia de la comunicación. Abordar la historia del libro desde esta perspectiva implica, en definitiva, darle mayor énfasis a los lectores y la lectura.



21

David Finkelstein | Alistair McCleery



Una introducción a la historia del libro

Una introducción a la historia del libro

David Finkelstein
Alistair McCleery



Paidós • Entornos 21

De la oralidad a la escritura

INTRODUCCIÓN

La sociedad se basa en transacciones posibilitadas por los procesos comunicativos. Gran parte de nuestras vidas giran alrededor de esto, y nuestra capacidad de funcionar está frecuentemente determinada por la precisión y uso más adecuado de la información y el conocimiento disponible. Desde el comienzo de los tiempos, la capacidad y la habilidad de procesar, decodificar, transmitir y utilizar el conocimiento y la información han sido altamente valoradas. Las culturas orales han tenido sus *griots* [narradores], chamanes, brujos y sabios, cuya función era preservar y transmitir las tradiciones orales, que actuaban como repositorios de valores sociales y culturales, y que eran convocados para juzgar, sanar, informar o entretener. Las culturas escritas han convocado a sus escribas y filósofos para preservar e interpretar el pensamiento y la actividad humana. Incluso hoy, aquellos que están capacitados para recolectar, utilizar y manipular información tanto en forma oral como escrita, con frecuencia desempeñan las mismas funciones, y vemos esto inmerso en una variedad de prácticas y tra-

diciones vinculadas al trabajo, desde gurúes de las relaciones públicas y agentes de prensa (una suerte de guardianes de la información) hasta escritores de *bestsellers*, periodistas, guionistas y comentaristas culturales.

Este capítulo aborda la escritura, en tanto ha sido integrada a los estudios de la historia del libro y también a la historia de las estructuras de comunicación social. Delinearemos cómo la escritura se desarrolló y se expandió en la cultura europea occidental, marcando vínculos con las autoridades y las instituciones, que serán analizados en mayor profundidad en el capítulo 4. Prestaremos atención al modo en que las tradiciones orales se incorporaron a la cultura temprana del manuscrito y la escritura, y examinaremos cómo la escritura cambió en su estructura y estilo con el predominio de la tecnología de la imprenta. Este capítulo también recorre el modo en que la escritura cambió su naturaleza debido al desarrollo de un público lector y letrado, desplazándose desde ser usada como una herramienta cultural para ser leída a muchos hacia un proceso que habitualmente dirigía sus resultados a lectores individuales y solitarios. Finalmente, el capítulo examina brevemente cómo los críticos han descrito la escritura al servicio del Estado y el poder institucional, usada para la colonización política y cultural de otras partes del mundo y en el contexto de las estructuras de clase.

LA COMUNICACIÓN SOCIAL A TRAVÉS DE LA ESCRITURA

Las tradiciones europeas occidentales de la comunicación social a través de la escritura pueden rastrearse varios milenios atrás en el Cercano Oriente y la Mesopotamia. Se dice que alrededor de los años 3500 a 3300 a. C. las comunidades agricultoras sumerias empezaron a agruparse en ciudades-Estado. Ellos inventaron nuevas técnicas de riego para cosechar las tierras secas, y las complejidades de la vida urbana comen-

zaron a requerir leyes, normas y códigos para las transacciones comerciales. De esto, se ha sugerido, surgió la escritura, y no, como es de suponer, para grabar la lengua, sino más bien como dispositivo mnemotécnico (ayuda memoria) que se marcaba sobre superficies duras, como unas tablas de arcilla, destinadas a registrar las comunicaciones y transacciones económicas, y para inscribir la propiedad y demás derechos sobre bienes y propiedades (Schmandt-Besserat, 1982a, 1982b; Assmann, 1994: 18). Sin embargo, durante los aproximadamente tres mil años del desarrollo social y político de la Mesopotamia, la escritura pictográfica y cuneiforme (*cuneiforme* deriva de la palabra latina *cuneus*: cuña, lo que refleja la forma básica de los símbolos impresos en las tablillas de arcilla), junto con el recitado público, se expandirían en términos de importancia y estarían vinculados a los actos y rituales sagrados, "el privilegio tecnológico profundamente protegido detentado por unos pocos que no eran solo académicos, sino también magos, médicos y sacerdotes" (Noegel, 2004: 134).

La escritura mesopotámica fue una de muchas escrituras desarrolladas por separado en todo el mundo. Entre otras, podemos contar los jeroglíficos egipcios, desarrollados alrededor del año 3000 a. C.; la escritura egea (llamado lineal A y lineal B), que data de 1650 a 1200 a. C., aproximadamente; la escritura del Valle del Indo, de alrededor de 3000 a 2400 a. C.; la escritura china, de alrededor del año 1500 a. C.; el alfabeto griego (precursor del alfabeto occidental) en torno al año 800 a 700 a. C.; la escritura maya, que se produce alrededor de 50 d. C.; y la escritura azteca, que data de 1400 d. C. (Martin, 1995: 1-42; Olivier, 2001: 197). La escritura jeroglífica egipcia demostró ser, en su concepción inicial, un sistema de grabación más sofisticado que la escritura cuneiforme sumeria: su propósito era "la comunicación política, en lugar de la económica, el registro de los actos de especial significación política" (Assmann, 1994: 18). El uso egipcio de los signos icónicos y los símbolos, que ha llevado a algunos a considerar los

jeroglíficos como un género de arte pictórico, se basaba en la oferta de representaciones gráficas de actos o momentos concretos, sagrados, sociales y políticos, que se tallaban en piedra y así se los protegía para la posteridad en espacios consagrados. La escritura con jeroglíficos egipcios estaba organizada en complejos niveles, que utilizaban simultáneamente sistemas de comunicación fonéticos, silábicos y logográficos. Contaba con imágenes-signos para referirse tanto a los nombres como a los actos. Como la escritura mesopotámica, también fue el espacio reducido de una sección de élite de la sociedad, un "sacerdocio con competencia en medicina y magia" (Noegel, 2004: 135), con jeroglíficos "reservados para la 'escritura de la palabra divina', como se le decía en egipcio, para la grabación en el espacio sagrado de la permanencia" (Assmann 1994: 19).

Esa reverencia por la naturaleza sagrada de la palabra se transmitió a las culturas asentadas en las regiones del Sinaí y Palestina, sobre todo encapsulada en la Biblia hebrea. Como señala Scott B. Noegel, esto no es sorprendente "ya que Israel se convirtió en un canal y un receptáculo cultural para las influencias egipcia y mesopotámica, dado que en Canaán (que con el tiempo se convertiría en la tierra de Israel) apareció por primera vez la escritura cuneiforme" (Noegel, 2004: 135). Las inscripciones "protosinaíticas" y los signos alfabéticos inspirados en jeroglíficos encontrados en la península del Sinaí, que datan de alrededor de 1850 a 1500 a. C. y a menudo situados al lado de los jeroglíficos egipcios, dan fe de estos vínculos y legados culturales (Lemaire, 2001: 203-204). Aunque también hubo diferencias obvias y desviaciones entre el uso y el desarrollo de los sistemas de escritura, lo que unía a las culturas de la Mesopotamia, Egipto y del Sinaí era la creencia en el peso de las palabras, tanto escritas como habladas, "una concepción de la palabra como vehículo de poder, de la creación por decreto, y del uso oracular de las palabras escritas y habladas" (Noegel, 2004: 134). En concreto, esto significaba una especial atención a la representación de las palabras, una práctica de la

transcripción que creía que las inexactitudes violarían los principios sagrados y tendrían consecuencias imprevistas y graves. Dentro de tales contextos, "una memoria precisa es todo, copiar es sagrado, y el conocimiento de las sutilezas asociativas integradas en un texto equivale al conocimiento secreto de lo divino" (Livingstone, 1986; Noegel, 2004: 137).

La verdad, la autoridad y el carácter sagrado de la palabra escrita también se incrustaría en el movimiento religioso más influyente que emergió de la Cuenca del Sinaí durante la época romana. El cristianismo —surgido en el contexto de una cultura sinaítica estrechamente conectada con el mundo helénico, bajo la dominación romana, y en contacto a través del intercambio y el comercio con otras culturas mediterráneas y árabes— en un principio se basó en las tradiciones orales para difundir su mensaje, con los apóstoles mismos a cargo de la tarea de predicar el Evangelio a las grandes multitudes y de establecer las comunidades cristianas a través de las cuales se difundían, por vía oral, las narrativas y los mensajes religiosos. Luego, esas comunidades se quedaron con versiones y resúmenes escritos de sus sermones y enseñanzas principales, para su uso futuro.

A través de la reiteración, amplificación y grabación escrita de los mensajes más importantes, la comunidad cristiana desplegó un conjunto unificado de doctrinas que aprovecharon los nuevos desarrollos en la tecnología de la escritura (los formatos de los códices, las superficies de los pergaminos) para hacer su mensaje más transportable. El cristianismo conquistó el Imperio Romano a causa de su capacidad para ofrecer un mensaje universal atractivo para las culturas griega y latina. Las obras y los filósofos paganos se leían con el objetivo de tomar prestadas y reutilizar las ideas extraídas de textos claves para convertir al no creyente. Al mismo tiempo, la evolución de una Iglesia Católica dominante desde el siglo IV en adelante implicó la formación de nociones de tradición, donde "los Padres de la Iglesia afirmaban sin cesar que la Iglesia era el único depositario de la verdad que los apóstoles le habían

pasado, ya que solo la Iglesia estaba habitada por el Espíritu Santo" (Martin, 1995: 113) (la autoridad religiosa en relación con el concepto emergente de autoría se discute más adelante en este libro). La naturaleza sagrada de la palabra escrita se insertó en el ritual de la Iglesia con la encarnación escrita de la Biblia (especialmente el Nuevo Testamento), tan prominente en los espacios sagrados (algo similar a la exhibición reverencial de los rollos sagrados —la Torá— en los espacios benditos de las sinagogas judías), reproducida por otros medios visuales (pinturas, vitrales) y copiada para que los sacerdotes la usaran para enseñar a los fieles.

A lo largo del primer milenio del calendario cristiano, la escritura en Europa occidental se mantendría contenida dentro de la esfera eclesiástica y sería practicada principalmente dentro de los límites de los monasterios y abadías. Varios momentos de confluencia histórica y de iniciativas individuales de los Estados producirían el desplazamiento de la escritura hacia el exterior y en dirección a la esfera pública. Un ejemplo de ello fue el renacimiento cultural carolingio, encabezado por Carlomagno y sus sucesores en la región del valle del Rin y del Mosa durante los siglos VIII y IX. Carlomagno trajo a los hombres de letras para trabajar en su corte, extendió la copia de importantes manuscritos y textos clásicos, alentó un resurgimiento de la escritura en las actividades diplomáticas y administrativas (Carlomagno republicó viejos fallos judiciales y eclesiásticos, y pidió que los nuevos decretos y leyes se pusieran por escrito), y en el año 787 reforzó el valor de lo escrito en Italia mediante la emisión de una proclama que afirmaba la superioridad de las leyes escritas sobre las costumbres orales.

Carlomagno y sus sucesores también establecieron políticas educativas con el objetivo de poner orden a la formación de los clérigos y sacerdotes para el servicio religioso. Sin embargo, como señala Henri-Jean Martin, la escritura, tal como se concibió en tales centros educativos, estaba ligada a los contextos eclesiásticos, debido a que se utilizaba "un lenguaje común —el

latín— para familiarizarse y obtener una mejor comprensión de la escritura, y para perpetuar la realización correcta y uniforme de los ritos y sacramentos de la gloria de Dios y la unidad de Occidente" (Martin, 1995: 126). La copia de los manuscritos para tales fines también condujo a mejoras en el estilo y la forma de la escritura: la escritura carolingia, a medida que se fue perfeccionando durante este período, incorporó nuevos sistemas de puntuación que serían adaptados por los miembros de los movimientos humanistas del siglo XV y reformados en la manera en que los conocemos hoy en día (para un mayor desarrollo de los cambios en el estilo y la forma de la escritura, véase más adelante en este capítulo).

LAS TRADICIONES ORALES

Es importante señalar, sin embargo, que el paso de las tradiciones orales a las escritas implicó transformaciones sociales que copiaron, incorporaron y al mismo tiempo reformaron las viejas tradiciones para adaptarlas a las nuevas formas y contextos. Walter Ong ha escrito mucho y con gran erudición sobre las tradiciones comunicativas orales y el efecto que tuvo el desarrollo de la escritura en las sociedades prealfabetizadas. "Más que cualquier otra invención" —sostuvo en una de sus famosas declaraciones— "la escritura ha transformado la conciencia humana" (Ong, 1982: 77). En *Oralidad y escritura*, Ong comparó las disyunciones causadas por los cambios en la conciencia comunicativa, y sostuvo que el desarrollo de la escritura implicó nuevos tipos de experiencias cognitivas, distintas de las de la comunicación cultural oral. Las culturas orales, por su propia naturaleza transitiva, requieren habilidades y formas discursivas particulares. Ong usó una metáfora especialmente adecuada para describir los patrones orales de la comunicación cuando comentó: "El discurso oral por lo general se ha considerado, aun en medios orales, como un tejido o un bordado"

(Ong, 1982: 13). Un aspecto particularmente importante de la oralidad y del discurso oral es su dependencia de la memoria y la repetición (entretener la información, en particular, a partir de patrones reconocibles), ya que, con el objeto de retener el conocimiento, la información tiene que ser transmitida por vía oral en una forma repetitiva hasta que el oyente haya internalizado y retenido su significado. Como explica Ong (1982: 23): "Los patrones de pensamiento asentados en fórmulas fijas son esenciales para la sabiduría y la administración eficaz".

Hasta el desarrollo de la imprenta, la escritura y la cultura del manuscrito conservaron muchas de las tradiciones del discurso oral: de naturaleza repetitiva y concebido con el fin de entablar un diálogo en el que uno pensaba a través de su punto de vista expresado en términos orales. Así, en la Inglaterra del siglo XI encontramos a Eadmer de St. Albans comentando que, para él, componer de manera escrita era similar a dictarse a sí mismo, mientras que Santo Tomás de Aquino, que prescindía de los escribas para escribir sus propios textos, componía y organizaba sus textos en "un formato cuasi oral": que incluía en cada sección una lista de las objeciones que un interlocutor podría plantear contra las posiciones propuestas por Santo Tomás, un resumen de la propia postura de Santo Tomás, y una respuesta detallada a cada pregunta y consulta planteada por el objetor imaginario.

Estas posiciones reflejan la adaptación a la escritura de los estilos de declamación oral. La cultura del manuscrito "había conservado una sensación sobre el libro como una clase de manifestación, un enunciado en el curso de la conversación, más que como un objeto" (Ong, 1982: 123). El cambio de las tradiciones orales a las escritas se fue incrementando gradualmente, con personas versadas en las tradiciones orales que impugnaban con firmeza la validez de las tradiciones escritas. Algunos de los ejemplos más famosos de estas impugnaciones son los discursos filosóficos de Sócrates sobre la escritura, que datan del siglo IV a. C. (irónicamente, accesibles a los comentaristas

modernos gracias a que fueron escritos por Platón). En varios diálogos registrados por sus discípulos, Sócrates dedicó alguna atención a los efectos nocivos que creía que la escritura estaba teniendo en la sociedad griega contemporánea. Grecia se situaba en la cúspide del cambio, cuando la sociedad había asimilado e incorporado plenamente la escritura en todas las facetas de la vida política, social y cultural. Este fue un cambio resistido por influyentes defensores de una cultura basada en lo oral. Se trataba de una batalla perdida, porque, como señala Ong:

Para la época de Platón (¿427?-347 a. C.) había sobrevenido un cambio: los griegos por fin habían interiorizado efectivamente la escritura, lo cual tomó varios siglos después del desarrollo del alfabeto griego alrededor de 720-700 a. C. [...]. La nueva manera de almacenar el conocimiento no consistía en fórmulas mnemotécnicas sino en el texto escrito. Ello liberó a la mente para el pensamiento más abstracto y original (Ong, 1982: 23-24).

Tal como lo registra Platón en la *Carta VII*, Sócrates tenía poco interés y aún menos fe en el valor de la escritura: en una de sus frases más famosas sobre el tema, Sócrates concluye que "una composición escrita sobre cualquier tema debe ser en gran medida una creación de fantasía [y, por lo tanto,] [...] jamás se ha escrito nada, en prosa o verso, digno de seria consideración". En *Fedro*, un texto que aborda la naturaleza del amor, la sabiduría, la sociedad y el arte de las letras, Sócrates volvió a contar la leyenda del encuentro entre el rey de Egipto y el dios egipcio Teut (inventor, entre otras cosas, de la escritura), como un comentario admonitorio sobre la escritura. Teut le ofreció al rey varias invenciones para que transmitiera a su pueblo, y en el proceso conversó con él acerca de las ventajas y desventajas de cada una, hasta que llegaron a la escritura. "Esta invención", dijo Teut, "hará a los egipcios más sabios y servirá a su memoria; he descubierto un remedio contra la dificultad de aprender y retener". El rey de Egipto no estaba impresionado y le respondió al dios que la escritura produciría:

El olvido en las almas de los que la conozcan, haciéndoles despreciar la memoria; fiados en este auxilio extraño abandonarán a caracteres materiales el cuidado de conservar los recuerdos, cuyo rastro habrá perdido su espíritu. Tú no has encontrado un medio de cultivar la memoria, sino de despertar reminiscencias, y das a tus discípulos la sombra de la ciencia y no la ciencia misma. Porque, cuando vean que pueden aprender muchas cosas sin maestros, se tendrán ya por sabios, y no serán más que ignorantes, en su mayor parte, y falsos sabios insoportables en el comercio de la vida.

Un lector, le advirtió Sócrates a Fedro, "tiene que ser un gran necio si piensa que lo escrito puede hacer algo más que recordarle algo que ya conocía de antemano" (Manguel, 1996: 58). Lo que es evidente aquí es la manera en la que Sócrates asume y utiliza viejas convenciones y marcos de referencia (es decir, la memoria y las tradiciones de la cultura oral) para hacer frente a nuevas realidades. Aquellos empapados en las tradiciones que aprecian la memoria, naturalmente no estimarían demasiado una forma social (la escritura) que cambiara esas normas y valores, y requiriese la adopción de diferentes habilidades.

Pero la ola de cambio barre a aquellos como Sócrates. La naturaleza misma de la escritura exigió una adaptación cultural nueva en la medida en que aumentó la cantidad de gente alfabetizada. Como señala un crítico, "el conocimiento avanzado de la escritura propicia la composición verdaderamente escrita, en la cual el autor compone un texto que es precisamente un texto, concentra sus palabras sobre el papel. Esto proporciona al pensamiento perfiles distintos de los que posee el pensamiento que se produce oralmente" (Ong 1982: 94). Los cambios crecientes desde el manuscrito a la cultura impresa ocasionan lo que Ong y otros han resumido como la creación de un nuevo "mundo noético", que implica cambios desde los espacios orales a los visuales, un deslizamiento hacia los procesos racionales y lineales de pensamiento en la comunicación impresa, "la imposición en el discurso de un sentido de cierre", y modos de abordaje textual más formales, mecánicos e impersonales (Love, 2003: 54).

Pero, como se señaló en el capítulo 1, estos cambios no fueron totalitarios, sino que eran formas de adaptación y mezcla que acomodaban las antiguas estructuras de comunicación en el seno de las nuevas y cambiantes formas comunicativas.

La escritura desempeñó un papel importante en la evolución de las lenguas nacionales —no solo en términos de fijación de la ortografía, la sintaxis y las reglas formales y convenciones de la versión escrita y oral de la lengua, sino también en términos de proporcionar la base de la enseñanza formal y la difusión de la lengua más allá de las fronteras regionales. La fijación de la lengua (por escrito y de manera impresa) y de sus normas fue posible gracias a la ayuda de ciertos marcos de referencia comunes que permitieron que todos compartieran su uso.

Al mismo tiempo, críticos como Jack Goody y Marshall McLuhan han demostrado que la escritura (y luego la imprenta) desempeñó un papel crucial en la reorientación y reformulación de la experiencia a lo largo de la historia humana. Ellos han sostenido que el encuentro del hombre con la página escrita e impresa, y en particular con el alfabeto fonético lineal (a diferencia de los pictogramas y jeroglíficos), produjo una división entre, como McLuhan lo sintetiza de manera memorable, "el mundo mágico del oído al mundo neutro de lo visual" (McLuhan, 1962: 32). Walter Ong dedica varias páginas a delinear los muchos cambios que él advierte en el paso de la cultura oral a la letrada. McLuhan, en cambio, se centró en muchas de sus influyentes obras (como *La galaxia Gutenberg* y *Comprender los medios de comunicación. La extensión del ser humano*) en la "revolución Gutenberg", argumentando que los efectos del alfabeto griego, la escritura romana, e incluso la cultura medieval del manuscrito, fueron insignificantes en comparación con la mucho más radical división en la conciencia humana que resultó del desarrollo de la imprenta. "Desde el punto de vista de los recientes y profundos conocimientos acerca de los componentes visuales de la experiencia", señaló McLuhan:

El mundo griego se nos aparece como tímido e indeciso. Pero en la fase del manuscrito, de la tecnología del alfabeto, nada hubo que tuviese la suficiente intensidad para separar completamente lo visual de lo táctil. Ni aun la escritura de los romanos tuvo fuerza para hacerlo. La escisión de los sentidos y la ruptura y alejamiento de la dimensión visual no se produjo hasta que tuvo lugar la experiencia de la producción en masa de tipos exactamente uniformes y repetibles (McLuhan, 1962: 70).

Más de veinte años después, aunque manifestara su rechazo por la prosa académica de McLuhan, que resultaba incompreensible para los objetivos académicos, Elizabeth Eisenstein usó la aproximación general de McLuhan para articular una noción similar sobre el efecto, en la sociedad europea occidental, de la "fijeza tipográfica", un punto que ya fue abordado en el capítulo 1 (Eisenstein, 1983: 41-90).

CAMBIOS TECNOLÓGICOS

Los cambios desde la cultura oral a la escrita fueron facilitados por los avances tecnológicos y el desarrollo de importantes materiales de escritura. Inicialmente, la adaptación del papiro para su uso como material de escritura permitió a los egipcios, griegos y romanos crear superficies lisas sobre las que escribir. También se utilizaban cálamos cortados de una caña, que se sumergían en tinta y así se escribía. El papiro, fabricado a partir del secado de los tallos de las cañas de los pantanos, era lo suficientemente flexible como para enrollarlo, pero demasiado frágil para ser cortado y doblado como las hojas de las páginas. Se dice que los romanos idearon técnicas para pegar las tiras de papiro con el objetivo de crear rollos continuos. Generalmente estos rollos tenían entre 6 y 8 metros de largo, y allí estaba el texto escrito

en columnas paralelas de entre 15 y 30 caracteres por línea, cada columna tenía entre 25 y 45 líneas, lo cual daba "páginas" de 300 a 1.350 signos, comparables con la página actual escrita a máquina de

algo más de 1.500 caracteres o una página impresa [...] de unos 3.000 caracteres (incluyendo espacios, que no existen en un texto manuscrito de *scriptura continua*) (Martin, 1995: 58-59).

El historiador romano Plinio el Viejo afirmó que el pergamino, hecho de pieles de animales, había sido perfeccionado en el siglo II a. C. por Eumenes, rey de Pérgamo, como consecuencia de la prohibición de exportar papiro de Egipto establecida por el rey Ptolomeo, que deseaba mantener el secreto de la producción del papiro dentro de las fronteras egipcias. El hallazgo de cuadernillos hechos con pergamino que databan de un siglo antes sugiere que este dato puede ser inexacto.

Cualquiera sea la verdad, el pergamino, más flexible que el papiro, permitió el desarrollo del códice (páginas rectangulares, unidas o pegadas y escritas de los dos lados) alrededor de los años 40 a 103. Mientras que la mayoría de los romanos preferían mantener los rollos tradicionales, los cristianos promovieron la preservación de sus textos sagrados y tratados médicos en forma de códice y utilizando papel vitela —un tipo de pergamino más resistente, hecho con pieles de animales—, no solo porque el códice de pergamino era más fácil de consultar, sino también porque su tamaño flexible y su durabilidad hacían que fuese más fácil de ocultar y transportar textos prohibidos por las autoridades romanas. En el año 400, los códices de pergamino —y sus versiones alternativas más caras, como el papel vitela— se habían convertido en toda Europa en el estándar del modo principal de circulación de los textos manuscritos, "producidos como hojas reunidas en un formato rectangular" (Manguel, 1996: 127). Una alternativa al pergamino, el papel hecho de cáñamo o de lino, emergería varios siglos después. Se inventó en China, fue adoptado por los árabes en el siglo VIII de nuestra era y se extendió por los estados musulmanes a lo largo del Mediterráneo (incluyendo España) entre los años 800 y 1000; finalmente los italianos se hicieron cargo de su fabricación, y a lo largo del siglo XIII perfecciona-

ron las técnicas de producción (por ejemplo, introduciendo el proceso de fabricación de pasta, las marcas de agua y también suavizando la superficie a partir del uso de gelatina animal). Así, las fábricas de papel en pueblos y ciudades como Fabriano, Bolonia, Padua y Amalfi se hicieron famosas en toda Europa. Durante el siglo XIV, surgió una mayor competencia con las fábricas de Francia y Alemania, y luego, en la segunda mitad del siglo XV, le siguieron otros países (se establecieron fábricas de papel en Estrasburgo en 1445, en Inglaterra en 1490, en Austria en 1498, en Holanda y otros países del norte en 1500).

El uso del pergamino, el papel y el formato del códice afectaron la manera en que se ha conservado la escritura. Inicialmente, el material escrito se conservaba bajo la forma de oraciones continuas (*scripta continua*) en rollos o códices de pergamino, y esto servía a los que podían leer en voz alta para distinguir entre los sonidos de las palabras y, posteriormente, interpretarlos. Los problemas surgieron con las consiguientes malas interpretaciones de un texto debido a la falta de signos para marcar detenciones, pausas o finales (Martin, 1995: 54-59).

En los primeros textos griegos y latinos puede encontrarse puntuación de todo tipo, pero su uso y estilo eran erráticos y, en Europa occidental, el uso de las formas de puntuación para indicar pausas en el discurso seguiría siendo igualmente errático e irregular durante la mayor parte del medioevo. En algún momento después del siglo VII se desarrollaron métodos para indicar énfasis y detención en el flujo textual, en este caso, a través de la introducción de puntos, guiones y comas. En el siglo IX, los monjes, ahora los principales guardianes de las tradiciones escritas europeas, comenzaron a aislar partes de la oración en sus transcripciones manuscritas, por medio del agregado de más signos de puntuación y la introducción de diferentes colores de tinta para indicar el comienzo y el final de las secciones. Al transcribir textos clásicos para nuevas bibliotecas, los innovadores italianos de comienzos del siglo XV, como Poggio Bracciolini y Niccolò de Niccoli —que formaron

parte del movimiento cultural humanista caracterizado por el dinamismo, la empresa y el patrocinio de una clase burguesa mercantil cada vez más rica que emergía en ciudades italianas como Florencia y Venecia— mejorarían y perfeccionarían la escritura de manuscritos al incorporar como estándar el uso de itálicas, comillas, comas, puntos, paréntesis y otros signos de puntuación para indicar cortes y cambios en el significado textual. El uso de estos métodos sería cada vez más común con el advenimiento de la imprenta varias décadas más tarde, lo que llevaría a la estandarización de lo impreso tal como estamos acostumbrados a verlo e interpretarlo hoy.

LA ESCRITURA, LA AUTORIDAD Y EL INDIVIDUO

A través de, e incluso mucho más allá de 1500 (cuando empezó a funcionar la impresión mecánica), la escritura y el conocimiento de ella estaba limitado a las élites de la sociedad —la corte, la ley, los laicos, religiosos y sacerdotes—. El auge de las bases de poder regional con estructuras políticas formales requería individuos que pudieran interpretar los códigos escritos: el decodificador, el escriba, cuyo papel en los circuitos oficiales de grabación, desciframiento, y difusión de información fue creciendo y desarrollándose hasta que se convirtieron en los oídos, los ojos y las voces de los gobernantes y las élites políticas. Tal acceso les dio poder, como el que tenían los griots y los chamanes en las sociedades basadas en la cultura oral. Pero la escritura, pese a ser un proceso de transformación, también mantuvo la forma de la cultura oral de la que surgió, a menudo manteniendo por escrito la forma del diálogo y la conversación, con ornamentos retóricos y repeticiones generalmente asociados con los patrones del habla.

En este contexto, el manuscrito europeo occidental y la producción textual resultaron comprometidos con la suposi-

ción de que pocos podían leer los resultados, pero que muchos más acabarían escuchándolos. La escritura fue concebida para ser leída en voz alta (un punto elaborado en otro capítulo de este libro). Existía la opinión de que leer un texto en voz alta era una manera de hacer que cobrara vida, de proporcionarle un espíritu de un modo que era diferente de la lectura en silencio. Los textos no estaban destinados a ser leídos para uno mismo sino a ser compartidos. En el año 383, San Agustín escribe sobre su visita a Ambrosio, obispo de Milán donde ve algo que para él era inusual, pues San Ambrosio está leyendo en silencio:

Cuando leía, los ojos recorrían las páginas y el corazón profundizaba el sentido, pero la voz y la lengua descansaban. Muchas veces, estando nosotros presentes —porque a nadie se le prohibía la entrada, ni había costumbre de anunciarle al visitante—, lo vimos leer así en silencio y jamás de otra manera (Manguel, 1996: 42).

Si la lectura en voz alta era la norma, aquí se daba un comportamiento que rompía esas normas, lo que constituye una adaptación a las nuevas formas culturales. Hasta bien entrado el Renacimiento, la escritura se concibió a partir de la suposición de que los lectores oían más que veían los textos. Las lecturas públicas eran comunes ya que pocos sabían leer, y en cualquier caso, había pocos textos escritos a mano disponibles para el consumo masivo (este tema se trata con más detalle en el capítulo 6).

Los que leían gozaban de una especie de poder, como se ejemplifica en los rituales de todas las religiones más importantes. La Iglesia Católica, por ejemplo, al igual que muchas otras religiones organizadas, tenía en su centro representantes que estaban allí como árbitros y explicadores definitivos de la palabra de Dios (el sermón del domingo, en el que se leían en voz alta los textos y se los comentaba, era un ejemplo de un foro público donde se daba la reinterpretación oral de un texto escrito para el beneficio de una audiencia mayor).

Otro aspecto crucial en el ejercicio de ese poder era una concepción de la escritura como acción permanente que afectaba los sentidos. En un famoso tratado sobre la verdad y su encarnación en la escritura (*Filobiblión*, 1345), Richard de Bury (1287-1345) opinaba sobre el valor de la escritura y los textos de una manera que contrasta directamente con las ideas de Platón sobre la cultura escrita. Para De Bury, la escritura era una manifestación física de la verdad, con un efecto sobre los sentidos más fuerte y más duradero que el del mero discurso. Como sugiere un crítico, el argumento de De Bury era que "la verdad que aparece [...] en el pensamiento, el habla o la escritura, es más provechosa en los libros". Tal como afirma De Bury, la escritura tenía una permanencia que superaba la presentación oral:

Pues el significado de la voz [*virtus vocis*] perece con el sonido, la verdad latente en la mente [*mente latens*] es la sabiduría que está escondida y el tesoro que no se ve, pero la verdad que resplandece en los libros desea manifestarse a todos los sentidos impresionables [*omni disciplinabili sensui*]. Se encomienda a sí misma a la vista cuando se lee, al oído cuando se escucha, y además de alguna manera al tacto, cuando soporta el ser transcripta, encuadernada, corregida y conservada (Müller, 1994: 38).

La palabra escrita podía ser una maestra benéfica, una compañera sin defectos humanos, constantemente disponible para ser usada, y viva en el sentido de capaz de proporcionar conversación a aquellos que estuvieran dispuestos a participar. También fue una presencia muy material: en la cultura del manuscrito en particular, "el cuerpo del libro" —la forma física en que existía la escritura— también funcionaba como "garante de la longevidad de la palabra y de la presencia del autor y del significado" (Müller, 1994: 44).

El lugar y la "autoridad" del autor en la cultura del manuscrito y la cultura impresa es algo que se discute en un capítulo posterior de este libro, pero lo que está claro es que a lo largo

de la evolución de la cultura del manuscrito en Europa occidental, la escritura ejerció su poder a través de su presencia material, algo que forma parte de un legado que se remonta a su inserción en el discurso humano de los tiempos de la Mesopotamia y el Egipto premilenarios. La escritura sirvió para cristalizar y ejemplificar la autoridad política y religiosa, a la par con la evolución de los Estados-nación. A medida que las potencias de Europa occidental se fueron fortaleciendo desde el siglo XV en adelante, ampliaron su control sobre los territorios y colonias extranjeras, imponiendo, en este proceso, normas culturales y realidades políticas que se reforzaban a través de estatutos legales y acuerdos reproducidos de manera escrita (y, eventualmente, impresa).

ESCRITURA Y PODER

Mucho se ha escrito acerca de los efectos que la imposición de la escritura ha tenido en la formación de los valores culturales y en la justificación de la dominación política en las zonas colonizadas por las potencias de Europa occidental. Es un lugar común decir que, a menudo, la historia la escriben (y reescriben) las clases dominantes en términos culturales e históricos. La conquista por parte de España de América Central y de América del Sur durante los siglos XV y XVI ofrece un ejemplo de ello. La llegada de los conquistadores españoles a México en el siglo XV, por ejemplo (y la consiguiente destrucción de la cultura maya), produjo una estela de misioneros cristianos decididos a llevar la salvación a las razas paganas. Uno de los efectos secundarios de este flujo fue una marginación y una falta de comprensión de la cultura maya y sus artefactos. Los registros sociales que los mayas conservaban bajo la forma del *quipu* (un intrincado tejido de cuerdas y nudos que ciertos escribas mayas eran expertos en descifrar) fueron destruidos, y las costumbres mayas fueron posteriormente regis-

tradas por los comentaristas españoles —incluso por aquellos que simpatizaban con esta cultura— de un modo tal que refleja valores y modos de inteligibilidad eurocéntricos. No fue sino hasta fines del siglo XIX y principios del XX cuando se descubrieron y excavaron las ruinas mayas y se rescataron artefactos sociales que revelaban una nueva visión de la cultura maya, que la percepción de la cultura maya empezó a ser reformulada de una manera distinta de aquella que había sido modelada por los registros escritos de los españoles, que habían reemplazado estos artefactos en su conquista de América Central (Ascher y Ascher, 1981; Radicati de Primeglio, 1992; Lavallée, 2001).

El trabajo reciente de los historiadores culturales, historiadores del libro, antropólogos y sociólogos ofrece materiales considerables y casuística sobre los resultados de la colisión entre los poderes coloniales y los grupos colonizados en la cultura oral, la escrita, y la impresa. El trabajo de Chris Bayly y otros sobre las tradiciones orales y escritas de la India, por ejemplo, ha mostrado magistralmente cómo la historia de comunicación escrita e impresa de la India cambió en respuesta a la invasión y la interacción con las culturas y las influencias externas (Bayly, 1996; Finkelstein y Peers, 2000b; Darnton, 2001; Joshi, 2002; Ghosh, 2003). Los mongoles trajeron las tradiciones manuscritas de la cultura persa para influir en las funciones cortesanas y el funcionamiento de la burocracia oficial; la incursión de las potencias europeas desde fines del siglo XVI en adelante fue resistido, con frecuencia, a través de la asimilación y la reorientación de sofisticadas herramientas de comunicación: los que lucharon contra el levantamiento hindú de 1857, por ejemplo, utilizaban materiales escritos y redes de comunicación oral para forjar la resistencia de un modo que confundía a la inteligencia británica en sus esfuerzos por recolectar información y comprender los rápidos y cambiantes acontecimientos.

El ensayo clásico de Don McKenzie sobre la historia de Nueva Zelanda, que se centra en interpretaciones contradictorias del Tratado de Waitangi entre jefes maoríes y oficiales

británicos en 1840 (que cedió a la corona derechos sobre la tierra) demuestra, de manera similar, cómo el discurso oral y el impreso (los "mundos noéticos" señalados por Walter Ong) podrían chocar en momentos particularmente significativos de la historia humana. En este caso, el poder soberano y el tribal en Nueva Zelanda, y los diferentes medios por los cuales se ejercía tal poder (lo oral versus lo impreso), dio lugar a interpretaciones muy disputadas y radicalmente diferentes del significado que tenían los documentos escritos e impresos producidos después del hecho en cuestión (McKenzie, 1984).

Un ejemplo similar del uso de la escritura para ejercer el poder político y el tribal es registrado por el antropólogo francés Claude Lévi-Strauss. En la década de 1930, Lévi-Strauss pasó varios años estudiando a las tribus indígenas de las selvas brasileñas. En el siguiente extracto de "Lección de escritura", parte de su *Tristes trópicos*, estudio pionero publicado por primera vez en 1955, describe un encuentro con los nambiquara, una tribu india, que implicó la apropiación de la escritura con fines políticos:

Se sospecha que los nambiquara no saben escribir; pero tampoco dibujan, a excepción de algunos punteados o zigzags en sus calabazas. Como entre los caduveo, yo distribuía, a pesar de todo, hojas de papel y lápices con los que al principio no hacían nada. Después, un día, los vi a todos ocupados en trazar sobre el papel líneas horizontales onduladas. ¿Qué querían hacer? Tuve que rendirme ante la evidencia: escribían, o más exactamente, trataban de dar al lápiz el mismo uso que yo le daba, el único que podían concebir, pues no había aún intentado distraerlos con mis dibujos. Para la mayoría, el esfuerzo terminaba aquí; pero el jefe iba más allá. Sin duda era el único que había comprendido la función de la escritura: me pidió una libreta de notas; desde entonces, estamos igualmente equipados cuando trabajamos juntos. Él no me comunica verbalmente las informaciones, sino que traza en su papel líneas sinuosas y me las presenta, como si yo debiera leer su respuesta. Él mismo se engaña un poco con su comedia; cada vez que su mano acaba una línea, la examina ansiosamente, como si de ella debiera surgir la significación, y siempre la misma desilusión se pinta en su rostro. Pero no se resigna, y está tácitamente entendido entre nosotros

que su galimatías posee un sentido que finjo descifrar; el comentario verbal surge casi inmediatamente y me dispensa de reclamar las aclaraciones necesarias (Lévi-Strauss, 1988: 321).

La cuestión importante aquí es la forma en que el jefe de la tribu captó la importancia de la escritura como una forma de mantener su estatus, lo que le permitió actuar como intermediario principal entre los indígenas y el exterior. En este ejemplo, Lévi-Strauss documentó un momento en el que se utiliza la escritura como agente de poder, como método para conectar y controlar el acceso al mundo exterior. Pero en este caso, lo importante no era la escritura *per se* —la comprensión de los símbolos con fines comunicativos—, sino más bien la escritura como símbolo que se toma prestado con fines sociales y no intelectuales. Lévi-Strauss utilizó este incidente para reflexionar sobre el papel fundamental de la escritura y la cultura escrita en la sociedad, concluyendo que la clasificación y la colocación de los individuos en castas y clases era uno de los objetivos principales del lenguaje escrito en la civilización occidental: "El único fenómeno que ella ha acompañado fielmente es la formación de las ciudades y los imperios, es decir, la integración de un número considerable de individuos en un sistema político". Y concluye de manera bastante provocativa: "Si mi hipótesis es exacta, hay que admitir que la función primaria de la comunicación escrita es la de facilitar la esclavitud" (Lévi-Strauss, 1988: 324).

La posición de Lévi-Strauss, aunque sea extrema, no es única; Foucault, por su parte, ha llamado la atención de la crítica sobre la naturaleza transgresora de la escritura ("un gesto lleno de riesgos"), un discurso inexorablemente cercado por la censura, el control del Estado y el ejercicio de la propiedad legal sobre los textos (sobre todo después del desarrollo de la legislación de los derechos de autor en los siglos XVIII y XIX). Bajo tales circunstancias, la escritura —"un acto colocado en el campo bipolar de lo sagrado y lo profano, lo lícito y lo

ilícito, lo religioso y lo blasfemo"— se convierte en objeto de juicio penal cuando no cumple con las restricciones y códigos sociales, políticos y religiosos contemporáneos (Foucault, 1984: 108-109).¹ La historia de la censura de la escritura y de la producción textual está más allá del alcance de este capítulo, pero ofrece una saludable aproximación al papel que la comunicación escrita prestó al apoyar, contestar o resistir las formaciones culturales contemporáneas.

Los estudios sobre la obra de Shakespeare también ofrecen una interesante aproximación a la continua resistencia a la utilización política de la escritura para controlar a la sociedad durante los siglos XV y XVI. Tal como lo señala Roger Chartier en "The practical impact of writing" [El impacto práctico de la escritura], la segunda parte de *Enrique VI*, la obra histórica de Shakespeare de 1594, por ejemplo, presenta ciertos momentos del choque entre la cultura oral y la escrita (Chartier, 1989b: 111-160). Entre los eventos descritos está la rebelión de 1449, cuando Jack Cade, que entra a Londres con el objetivo de matar a "todos los abogados", ataca al secretario de Chatham y destruye los lugares donde se produce y se transmite la cultura escrita (en este caso, los tribunales, los archivos y las fábricas de papel). El propósito declarado de los rebeldes es restablecer la cultura tradicional y las normas del discurso, incluyendo las leyes basadas en las proclamas orales y el registro de deudas y transacciones comerciales no a través de libros y de papel, sino a través de los sistemas tradicionales alternativos (como las muescas en la madera). A pesar de que Shakespeare escribió esta obra de teatro 150 años después de los acontecimientos, los usa —tal como señala Chartier— para poner de relieve las tensiones entre dos culturas:

una basada cada vez más en el recurso a la palabra escrita, tanto en la esfera pública como en la privada; la otra basada en la estima nostálgica

1. Roger Chartier ofrece un productivo análisis de las reflexiones de Foucault sobre la función del autor, en Chartier (1994: 25-60).

y utópica de una sociedad sin escritura, regida por palabras que todo el mundo pudiera oír y signos que todos pudieran entender. Cualquiera fuera su intención al representar un levantamiento popular como tonto y sangriento, y a los rebeldes como incautos manipulados por otros, es evidente que la causa subyacente a la rebelión es la hostilidad a la escritura, a la que se culpa por las revueltas que transforman la sociedad (Chartier, 1989b: 123).

Aquí, se representa a las clases bajas preocupadas por el poder encarnado en el acto de la escritura, y la autoridad que les imponen las estructuras oficiales apoyadas por la cultura escrita (la ley, el Estado, la Iglesia). Tales preocupaciones serían sustituidas, a su vez, por las preocupaciones de la clase letrada sobre los efectos de la imprenta en la cultura del manuscrito. La llegada de la imprenta a fines del siglo XV y principios del XVI produjo un proceso de cambio cultural que amenazaba los privilegios de la élite y las zonas bajo su control. Un buen ejemplo de este tipo de reacciones es el caso del monje veneciano del siglo XVI, quien argumentó en el Senado de Venecia (para su aprobación general) en contra de la adopción de las innovaciones de la imprenta de Gutenberg. Había que resistir a la imprenta en favor de la escritura porque —explicaba el monje— esta alteraba los textos (a través de su circulación con fines de lucro, en ediciones mal hechas e incorrectas); corrompía la mente (poniendo a disposición del público general y sin la debida autorización o consentimiento de la Iglesia, textos amorales o peligrosos), y atentaba contra el conocimiento (poniéndolo gratuitamente a disposición de los ignorantes) (Chartier, 1989b: 123).

Lo que el descubrimiento de Gutenberg en 1450 finalmente le permitió hacer a la gente era producir masivamente los textos y hacerlos circular de un modo que no tenía precedentes. Antes, la circulación del conocimiento se limitaba a los textos producidos a mano que circulaban de manera privada. La información sobre acontecimientos internacionales a menudo circulaba a través de relatos manuscritos enviados entre gen-

te y naciones poderosas, autoridades civiles o eclesiásticas que luego se copiaban y se reenviaban o se hacían circular a través de redes cerradas. A lo largo del Renacimiento, las tasas de lectura y alfabetización mejoraron, pero el conocimiento de la escritura quedó confinado a unos pocos, una política deliberada y promovida por las iniciativas protestantes y luteranas en Europa durante los siglos XVII y XVIII para enseñar a todos a leer la palabra de Dios, a "ver con sus propios ojos lo que Dios había ordenado y mandado a través de su palabra sagrada" (Chartier, 1989b: 118)² (en el capítulo 6 se ahonda en el desarrollo de la lectura en la época moderna de la historia de europea occidental).

CONCLUSIÓN

La historia de la comunicación humana se ha caracterizado por cambios radicales en las prácticas culturales, así como por procesos de resistencia, alojamiento e internalización. En este capítulo, hemos explorado cómo, en la historia europea occidental, las culturas orales se enfrentan a ciertos retos impuestos por el desarrollo de una cultura escrita o letrada que adoptó y reemplazó muchos de sus métodos y procesos, y los impuso como nuevos modelos culturales. Como hemos demostrado, influyentes críticos como Walter Ong y Marshall McLuhan han sostenido que estos procesos reformaron el discurso y la conciencia humana desde los modos discursivos orales a los escritos. El capítulo examinó también cómo un proceso similar de adopción, adaptación y remodelación marcó el paso desde la cultura escrita a la impresa. También se ha mostrado cómo los críticos de la integración de la cultura oral dentro de la cul-

2. En este texto, Chartier es particularmente perspicaz e informativo acerca del impacto de las influencias culturales sobre el cambio en las tasas de alfabetización en la historia social de Europa occidental durante la modernidad temprana.

tura escrita han tenido que lidiar con la idea de que la difusión del conocimiento se homólogaba a la "profanación", y cómo tuvieron que enfrentar los cambios en los métodos elegidos para procesar la información. Fuentes de la época se quejaban de que la cultura impresa, al triunfar sobre la cultura escrita, hizo mal al permitir a las culturas alfabetizadas igual acceso (sin control) al conocimiento previamente inaccesible. Estas cuestiones se desvanecieron en la medida en que los individuos y las instituciones aprovecharon las oportunidades para usar la escritura con el objeto de llegar a un público más amplio. Este capítulo también ha discutido cómo las instituciones utilizaron la escritura al servicio del poder del Estado, y cómo los críticos han descrito su uso en otras circunstancias sociales y políticas. Tal como queda claro en otros capítulos de este libro, la historia de la escritura, la lectura y la producción textual ha estado marcada constantemente por procesos de cambio, evolución e integración, que forman parte del circuito de la comunicación humana, que es una parte cada vez más importante de los estudios actuales sobre la historia.

CUESTIONES PARA PENSAR

Aquí hay algunas preguntas a considerar al revisar este capítulo. Las principales críticas que se producen cada vez que se introduce una nueva herramienta de comunicación, a menudo se centran en su potencial perturbador y destructivo. Así, la escritura iba a terminar con la conversación; la imprenta iba a multiplicar los errores. ¿Se puede decir lo mismo sobre Internet y los medios digitales en términos de impresión y cultura textual? ¿Podemos ver nuevas medidas para controlar el acceso a la escritura y la comunicación textual *online* en diálogo con ejemplos del pasado? ¿De qué maneras podría seguir floreciendo la escritura en el cambiante panorama multimediático y digital?

La aparición de la imprenta

INTRODUCCIÓN

Este capítulo aborda el desarrollo del libro en la era de la imprenta, no solo los procesos involucrados, sino también las estructuras industriales que se desarrollaron en la nueva producción. La relación entre la capacidad de producir múltiples copias de libros y folletos de una manera rápida, eficiente y barata, y amplios movimientos sociales e intelectuales, como la Reforma, el Renacimiento y la Ilustración, ya no pueden ser considerados de un modo causal simplista: la imprenta como un agente de cambio. En efecto, Elizabeth Eisenstein, a partir de cuyo trabajo el término ha ganado un amplio reconocimiento, ha protestado recientemente en contra de esas interpretaciones simplistas de su texto pionero, y afirma tener más en común con el último trabajo de Adrian Johns sobre ciencia e imprenta de lo que revisores y críticos se inclinan inicialmente a admitir (Eisenstein, 1979, 2002a, 2002b; Johns, 1998, 2002). Ya hemos sintetizado la aparente oposición entre

Eisenstein y Johns, en el capítulo 1. Sin embargo, sus respectivos debates —por ejemplo, sobre el gran astrónomo Tycho Brahe— no son necesariamente tan antinómicos. El desarrollo siguiente en este capítulo intenta proporcionar una historia de la llegada de la imprenta que podría no solo contextualizar los debates del capítulo 1, sino también resaltar las posibilidades de integración.

Las investigaciones de Darnton sobre la relación entre la Ilustración (en su versión francesa) y las actividades de impresión, en particular la producción de la *Encyclopédie*, demuestran que se pusieron en juego factores múltiples y más complejos (Darnton, 1982a, 1982b). Esta, de hecho, es una de las áreas en las que la historia del libro puede arrojar nueva luz sobre las versiones ortodoxas acerca de estos grandes movimientos sociales e intelectuales a través de la combinación de investigaciones a gran escala sobre la producción y distribución de libros, y detalladas microhistorias acerca de instituciones particulares, como la Société Typographique de Neuchâtel (STN), libros específicos y lectores o grupos de lectores particulares. En este capítulo se procede en un orden cronológico relativamente sencillo, desde el período de transición entre lo manuscrito y lo impreso hasta la industrialización de la producción de libros. A pesar de su longitud, el capítulo no ofrece una historia completa sino abreviada, con el objeto de suministrar el contexto de ciertos debates internos a la historia del libro y de su definición de la cultura impresa.

LOS LIBROS ANTES DE LA IMPRENTA

El título de este capítulo es similar a *La aparición del libro*, el título del revolucionario estudio de Febvre y Martin, pero también difiere de él en su preocupación por remarcar una continuidad desde la alfabetización y la producción artesanal de libros hasta el surgimiento de una tecnología que hizo po-

sible las primeras etapas de la industrialización de esa producción —un proceso que se completó durante el siglo XIX, por un lado gracias a la introducción de la energía a vapor, y por el otro, debido al desarrollo de la composición mecánica (Febvre y Martin, 1976). Desde aproximadamente el siglo VI de nuestra era hasta el momento en que lo impreso reemplazó al manuscrito, a fines del siglo XV y principios del XVI, los libros eran reproducidos por los escribas de acuerdo con una serie de convenciones (Cavallo, 2003). A menudo estos escribas eran monjes que trabajaban en talleres monásticos conocidos como *scriptoria*. Parte de su trabajo era la reproducción de obras litúrgicas necesarias para la educación de los principiantes y para el culto, aunque también reproducían textos seculares escritos en latín. Los textos se escribían en pergamino o papel vitela, que se preparaban para ser doblados en páginas que se demarcaban y a las que se les trazaban las líneas para los renglones. Después la hoja se cortaba en páginas que se reunían en cuadernillos. Si se requerían múltiples copias, el texto se repartía entre un número de escribas y cada uno hacía varias copias de su propia sección.

El trabajo era supervisado por un intendente, el *armarius*, que suministraba a los escribas pergaminos, plumas, tinta y reglas. El copiado se hacía solo durante el día debido al riesgo de incendio generado por el uso de la luz artificial. El escriba copiaba solo el cuerpo del texto, usando tinta negra, y dejaba títulos, encabezados e iniciales para ser insertados en rojo por el *rubricator*. Se trata de un mundo que ha sido muy bien reproducido por Umberto Eco en su novela *El nombre de la rosa* (publicada en 1983).

Se desarrollaron varios estilos de escritura para acelerar el proceso, que podían asignarse a una serie de grupos. La caligrafía uncial y medio-uncial se desarrolló en el siglo IV y recibió influencias del arte bizantino; se extendió por Europa y estuvo en uso hasta el siglo XII, en varias formas nacionales. El ejemplo más famoso de esta caligrafía es un texto irlandés,

el *Libro de Kells*. Durante el siglo VIII, bajo el patrocinio del emperador Carlomagno, se hizo un intento por mejorar los estándares de escritura, lo que llevó al desarrollo de la minúscula carolingia que constituyó la base de la mayoría de las caligrafías europeas de ese momento. En el siglo XIV surgió una nueva caligrafía nacional, en armonía con el estilo gótico que prevalecía en el arte europeo de ese entonces. Estos varían en estilo y nombre: *black letter* en Inglaterra, *lettre bâtarde* en Francia, *fraktur* en Alemania, y *rotunda* en Italia. Los primeros tipos se basaron en estas caligrafías (Parkes, 1999).

Los grandes *scriptoria* de la Edad Media, como el de la Abadía de Cluny, producía libros para otras bibliotecas monásticas de clausura, pero, en la medida en que aumentaron las tasas de alfabetización y creció la demanda de libros de parte de las universidades, se desarrolló un método de trabajo para producir lo máximo posible. Esto implicó la aparición de *scriptoria* comerciales y el sistema de pecias, en el que las secciones de un ejemplar se distribuían entre una serie de copistas y cada uno producía varias copias de una sección (Hamesse, 1999). La *scriptoria* monástica experimentó un renacimiento en el siglo XV, a través del trabajo de renovadas órdenes religiosas, como la de los cartujos y la de los Hermanos de la Vida Común, pero la producción comercial de manuscritos, que servía ahora también a un mercado de coleccionistas de libros de lujo, continuó floreciendo en talleres como el de Vespasiano da Bisticci, en Florencia (Eisenstein, 1979; Grafton, 1999).

A menudo, los manuscritos particularmente importantes y los encargados por mecenas ricos eran decorados o "iluminados" (Febvre y Martin, 1976). La iluminación consistía en tres elementos principales: la inicial, el borde y la miniatura. Las miniaturas no eran necesariamente pequeñas en tamaño sino el elemento pictórico de la decoración. Las iniciales podrían estar decoradas con flores o follaje entrelazado, pero a veces tenían pequeñas imágenes en los bucles, siendo así parte también de la miniatura. El borde podía rodear la totalidad del

texto en la página, pero a veces se limitaba a separar la miniatura del texto. Los dibujos que formaban estas decoraciones podían ser en color o tener una pátina de oro o plata. Juntos, el texto y la decoración, formaban una obra de arte completa: el libro como una mercancía de colección.

CONTINUIDADES Y CAMBIOS

La invención de la imprenta convirtió los libros en una mercancía comerciable que requería, como cualquier otra, un sistema de producción, ventas y distribución. El comercio de libros del medioevo tardío se había centrado en las papelerías y los *scriptoria* comerciales que proveían a las universidades o a los coleccionistas de manuscritos de lujo. Como tales, abastecían a un mercado local muy limitado. Sin embargo, los ideales del humanismo y el aumento general de la alfabetización durante los siglos XV y XVI elevaron la importancia de la literatura en la cultura europea (Grafton, 1999). En respuesta, la imprenta dio acceso a una mayor variedad y cantidad de libros. A largo plazo, las empresas de impresión más duraderas tendieron a ser centros comerciales más que centros intelectuales organizados alrededor de las universidades y los monasterios. Durante el período de los incunables, todas las funciones de la producción de libros impresos solían estar unidas: la fundición y el cortado de los tipos y punzones, la operación de la prensa y la venta del producto terminado, todo tenía lugar dentro de la misma empresa. Los primeros libros se parecían mucho a los manuscritos (¿qué otra cosa entendía el mercado?), sobre todo en su tipografía, y las iniciales decoradas se seguían añadiendo a mano. Las innovaciones del siglo XVI incluyeron el uso de grabados en cobre para las ilustraciones y el cambio de la tipografía gótica a los tipos romanos e itálicos en la mayor parte de Europa (Müller, 1994).

Las primeras imprentas combinaban las funciones de impresor, editor y librero, pero no podían sostener esto durante mucho tiempo, incluso si solo abastecían a un pequeño mercado local. El gran capital inicial del que se debía disponer para mantener funcionando un negocio de impresión pronto forzó tanto la separación de responsabilidades como la búsqueda de mercados más amplios. Los maestros impresores comenzaron a concentrarse en la principal tarea editorial de asegurar el respaldo financiero de nobles, comerciantes pudientes o instituciones, y de establecer redes de ventas con el objeto de garantizar la supervivencia comercial y un rendimiento suficiente de las inversiones. Los impresores exitosos crecieron y se transformaron, entonces, en empresas editoriales que alentaron la división entre la producción y la venta. Editores famosos como Manucio (Venecia), Koberger (Nuremberg) y Plantin (Amberes) cimentaron empresas que, si bien ellas mismas continuaron imprimiendo además comisionaban algunos trabajos a imprentas más pequeñas (Eisenstein, 1979).

También crearon estructuras internacionales de ventas. Tradicionalmente, los profesores les habían vendido los libros a los alumnos, o los vendedores ambulantes los habían promocionado en los mercados, pero se necesitaban ventas mucho más altas de las que podían proporcionar estos medios. Los editores exitosos eran aquellos que, como Koberger, empezaron a imprimir sus catálogos, instalaron sucursales en las grandes ciudades y pueblos importantes, asistían a ferias internacionales del libro y actuaban como agentes de otras editoriales. Las principales ferias del libro en Europa eran las de Amberes, Lyon, Leipzig y Fráncfort. Los privilegios comerciales hicieron de estos lugares un punto focal para todos los comerciantes. Fráncfort, tradicionalmente un centro de venta de manuscritos, pronto se convirtió también en la mayor feria de obras impresas. En 1506, el negocio de Koberger era tan próspero que estableció un depósito en la ciudad para almacenar sus existencias. Ferias como la de Fráncfort permitían

que los impresores, editores y distribuidores convergieran en un lugar, recibieran pedidos, intercambiaran libros, compraran equipos y comisionaran trabajos. Los libreros también empezaron a formar parte de la estructura comercial. Los agentes que originalmente participaban de las ferias como intermediarios para grandes editoriales se convirtieron en distribuidores al por mayor, y se concentraban en grandes eventos, como Lyon y Fráncfort, y abastecían a los libreros de las grandes ciudades como París (Febvre y Martin, 1976).

Desde muy temprano, los impresores se dieron cuenta de que su supervivencia dependía de una distribución eficiente. Las librerías locales habían abastecido tradicionalmente con textos académicos en latín a las universidades con las que estaban frecuentemente vinculadas, y los lectores populares habían sido abastecidos por mercaderes viajeros, o buhoneros, que ofrecían folletos, baladas, almanaques y romances en la lengua vernácula. Los vendedores ambulantes que llevaban pequeñas cantidades de libros continuaron en el siglo XVIII, pero podían llegar solo a un mercado limitado. Los impresores y editores, que cumplían funciones en una misma estructura de comercialización del libro, requerían de una circulación de sus productos mucho más eficaz. Los intermediarios, por lo tanto, pronto se volvieron útiles agentes de promoción de los catálogos y folletos que describían el *stock* de un editor. Hasta el siglo XVII, había poca distinción entre editores y libreros.

El comercio de libros se llevaba a cabo cada vez más en ferias como la de Fráncfort, y fue aquí donde los carreteros empezaron a ocuparse del transporte de las mercancías de los editores. Los libros, que eran pesados y frágiles a la vez solo podían ser transportados por barco o en carro. Para ser enviados, se envolvían en lienzo y se colocaban en grandes cajas de madera para su transporte. Los editores más importantes establecieron depósitos en Fráncfort para guardar su *stock* entre una feria y la otra; las sucursales en las principales ciudades de Europa también servían como puntos de distribución.

En Francia, París y Lyon aprovechaban los ríos Sena y Loira para la distribución, mientras que el Rin y el Elba servían para la distribución de mercancía a través de Alemania (Febvre y Martin, 1976). Venecia pudo convertirse en la ciudad editorial más importante de Europa debido a que su ya establecida red comercial proporcionaba una distribución del *stock* sumamente eficaz (Lowry, 1979).

LA DIFUSIÓN DE LA IMPRENTA EN EUROPA

Las innovaciones por las que el veneciano Aldo Manucio es conocido en el mundo editorial son la introducción de la tipografía itálica y el uso del octavo para la publicación de ediciones de bolsillo de los clásicos griegos y latinos (Lowry, 1979). Estas dos innovaciones estaban relacionadas: más allá de cualquier consideración estética, la itálica tiene la ventaja de ser delgada y condensada, lo que le permitía al impresor hacer un mejor uso de la zona impresa —algo particularmente importante en el caso de las páginas pequeñas. Los textos que Aldo editó en este formato cumplían con los más altos estándares académicos contemporáneos, pero se publicaron en una forma que los hacía compactos, portátiles y también baratos. La tirada fue otra innovación: 1.000 ejemplares en lugar de las 100 a 250 copias (hasta un máximo de 500 copias), habituales en ese momento. Estos pequeños libros estaban destinados a ser posesiones personales y a popularizar autores clásicos griegos y latinos y poetas italianos como parte del movimiento humanista. Alcanzaron una gran difusión así como una buena reputación y, como resultado, otros los copiaron. El principal centro de falsificación estaba en Lyon, a pesar de que las imprentas en Francia no mantenían los mismos altos estándares académicos y tipográficos, no obstante haber obtenido algunos tipos del diseñador de la tipografía de Aldo, Francesco Griffo. Aldo también publicaba su trabajo a través de listas impresas

con el detalle de sus publicaciones. Se imprimieron al menos tres de estas listas: en 1498, 1503, y de nuevo en 1513. En ellas no solo aparecían las publicaciones disponibles, sino que también se indicaba el precio mínimo a pagar por cada título. Estos fueron los primeros catálogos editoriales.

Sin embargo, como advierte Chartier en "The practical impact of writing" [El impacto práctico de la escritura], estos avances no se dieron sin una resistencia similar a la que se ofreció a la alfabetización misma, como se señaló en el capítulo anterior (Chartier, 1989b). Si previamente alguien de las clases bajas de la sociedad había desconfiado de la escritura debido a sus vínculos con el poder y los privilegios, ahora aquellos que disfrutaban de ese poder y esos privilegios se mostraban en desacuerdo con la democratización del conocimiento (y del poder) que parecía entrañar la imprenta. Un monje dominico, Filippo di Strata, inicialmente convenció al Senado veneciano de restringir la imprenta con el argumento de que multiplicaba textos con errores en ediciones producidas rápidamente y solo con fines de lucro; corrompía las mentes al poner textos inmorales o peligrosos al alcance del público general sin un adecuado control de las autoridades eclesiásticas; y corrompía el conocimiento al ponerlo a libre disposición de los ignorantes. Chartier cita la frase veneciana que dice "la pluma es una virgen, la imprenta, una puta" (Chartier, 1989b: 124). Las dos ideas que la imprenta (y la escritura) debía superar, y efectivamente lo hizo, eran, por una parte, que representaba un nuevo medio de dominación y, por otra, que el desplazamiento del saber, desde una esfera exclusiva a una inclusiva era en sí mismo una amenaza para el orden social establecido.

Sin embargo, el crecimiento dinámico de la imprenta en sus primeros cien años estuvo motivado, en parte, por la ausencia de estructuras comerciales que organizaban otras profesiones y que podrían haber dificultado su desarrollo. En sus comienzos, la novedad de la imprenta y el hecho de que empleara gente con habilidades tan diversas significaba que era capaz de evo-

lucionar fuera de las restricciones del sistema de gremios del medievo. Los gremios monopolizaban su área comercial dentro de una ciudad o región, y dictaban cómo, cuándo y dónde alguien podía ser empleado en esa área. Sin esta matriz, el aire de la libre empresa trajo un rápido desarrollo de la imprenta y permitió la proliferación de establecimientos empresariales. Los gremios de la imprenta comenzaron a aparecer recién en la segunda mitad del siglo XVI, una vez que el comercio en sí había llegado a la etapa en la que los maestros impresores asumían el rol de editores y vendedores —algo que los alejaba un poco del trabajo real de impresión— y una vez que los gobiernos comenzaban a perseguir el control de la prensa. Las primeras asociaciones que incluían impresores y editores eran el Gremio de Venecia, que no se estableció hasta 1548 y la Stationers' Company [Compañía de Librerías] de Londres. Esta última había representado desde 1403 los intereses de los copistas, iluminadores y encuadernadores ingleses, pero no incorporó a los impresores y libreros hasta 1556 (Feather, 1988). Una vez establecidos, los gremios empezaron a representar los intentos de los maestros impresores de controlar una fuerza de trabajo difícil (Febvre y Martin, 1976).

La fuerza de trabajo del mundo de la imprenta se dividía a partir de una jerarquía: aprendices, jornaleros y maestros impresores (Darnton, 1996). Al igual que en la mayoría de los comercios, los jóvenes aprendices eran contratados por dos a cinco años al servicio de un maestro que les proporcionaría formación, alojamiento y comida, ropa y, ocasionalmente, un pago. El aprendiz limpiaría el taller, haría mandados, prepararía la tinta, operaría la prensa, y finalmente aprendería cómo realizar un trabajo más calificado, como el del jornalero. Un jornalero era un especialista, un aprendiz que se había graduado en el papel de cajista, corrector, diseñador de tipos u operador de la prensa. Se mudaba de ciudad en ciudad perfeccionando sus habilidades y estableciendo contactos. Los cajistas eran, con frecuencia, los oficiales más experimentados, ya

que necesitaban un buen nivel de alfabetización para hacer su trabajo. Un oficial cajista aspiraba a alcanzar el puesto de jefe de composición en una gran empresa antes de establecerse por su cuenta como impresor.

Para el año 1500 todos los centros urbanos importantes en Europa contaban con al menos un taller de impresión (Eisenstein, 1979; Müller, 1994). Variaban en tamaño: había pequeños negocios que incluían solamente al maestro impresor y un aprendiz, y también empresas más grandes que podían emplear hasta doce personas. Los negocios a cargo de Koberger en Nuremberg y Platin en Amberes, que tenían veinticuatro prensas y empleaban a más de cien hombres, eran casos excepcionales de producción a gran escala. El típico negocio de impresión contaba con media docena de trabajadores, algunos como personal permanente y algunos como jornaleros. El maestro impresor/editor o, en empresas más grandes, el jefe de composición, supervisaba el proceso de impresión. Uno o dos cajistas establecían líneas de texto seleccionando las letras y colocándolas en un componedor tipográfico. La línea terminada se colocaba entonces en una bandeja para galeras, separada de la siguiente por medio de delgadas tiras de plomo. Finalmente se componía una página entera o forma que se ubicaba en un marco de metal llamado "cama". Los cajistas necesitaban saber leer y escribir en latín para componer correctamente. Dos hombres, un impresor y un tintero operaban la prensa, con papel suministrado por el encargado del depósito. También se podía emplear a otro trabajador para colgar las páginas mojadas y sujetarlas con un palo largo, llamado "piel", a una grilla colgada del techo. Los impresores no contaban con grandes cantidades de tipos, por lo cual una forma se distribuía (desarmaba) casi inmediatamente después de la impresión para que las letras pudieran usarse en la siguiente forma. Por lo tanto, a lo largo de una jornada de trabajo se mantenía un ritmo de composición, impresión y distribución. Si la empresa podía pagarlo, un corrector o alguien que verificaba las pruebas,

tal vez un escritor local o un estudiante, chequeaba la copia. Como los talleres producían alrededor de tres mil páginas por día, el trabajo era duro y continuo, y dependía de un compromiso con el trabajo en equipo.

El trabajo en equipo necesario para llevar adelante una imprenta creaba solidaridad entre los trabajadores, que pronto se manifestaba bajo la forma de hermandades y comisiones que servían para proteger sus intereses. Los maestros impresores protegían sus propios intereses uniéndose o creando sindicatos que buscaban imponer prácticas comerciales estrictas. La tensión entre los trabajadores y los maestros se centraba en disputas sobre salarios, comidas, extensión de la jornada laboral y uso excesivo de aprendices no calificados para reducir costos. Las huelgas no eran raras (Darnton, 1996).

GUTENBERG Y ALEMANIA

El uso de tipos móviles de metal por parte de Gutenberg de alguna manera no fue más que la adaptación y la novedosa aplicación de viejos materiales y prácticas (Müller, 1994). Los talleres de impresión implicaban la reunión de habilidades diversas. Sin embargo, y a pesar de las advertencias tempranas de Darnton, sigue existiendo una tensión residual entre el punto de vista social, característico de la historia del libro, y el enfoque centrado en personajes célebres, típico de la historia popular (Darnton, 1982b). Junto con la prensa de tornillo que se utilizaba para el prensado de uva y aceituna, la experiencia en orfebrería, el conocimiento de la escritura y la experiencia en tala de madera convergieron para crear la nueva tecnología. Sin embargo, alguien que concursa en un programa de preguntas y respuestas probablemente responda "Gutenberg" si le preguntan por "el inventor de la imprenta". Johannes Gensfleisch zum Gutenberg había nacido en la década de 1390 en Maguncia, en una familia burguesa, y su pri-

mera actividad fue la orfebrería. Entre 1428 y 1444 se encontraba en Estrasburgo, al parecer huyendo de las luchas entre las familias patricias y los gremios de artesanos en Maguncia. Allí experimentó con el desarrollo del tipo: tenía una prensa y compró una gran cantidad de plomo mientras trabajaba en un "proyecto secreto" con unos socios. En 1448 regresó a Maguncia donde pidió dinero prestado a un abogado, Johann Fust, para completar el desarrollo de una prensa para imprimir. La Biblia de 42 líneas de Maguncia, generalmente atribuida a Gutenberg, apareció a más tardar en 1456; pero Fust embargó la imprenta antes de que pudiera obtener un beneficio económico de esta publicación y tomó posesión de los equipos de impresión de Gutenberg. A continuación, Fust se asoció con Peter Schöffer, el capataz de Gutenberg. A pesar de que no hay certezas sobre lo que Gutenberg hizo a continuación, se cree que siguió trabajando como impresor por un tiempo, aunque no hay obras impresas que lleven su nombre. Así como la Biblia de 42 líneas, otras obras que se le atribuyen incluyen otra Biblia (la de 36 líneas), algunas obras gramaticales, una indulgencia papal, al menos, un calendario astrológico apaisado, y posiblemente el *Catholicon* de Juan Balvi de Génova. Parece que deja de imprimir a partir de 1460 y se cree que puede haber quedado ciego. En 1465 se convirtió en un pensionado del arzobispo de Maguncia. Murió el 3 de febrero de 1468 (Eisenstein, 1979; Müller, 1994).

A los pocos años de su primer uso en Maguncia, el nuevo proceso para reproducir un texto atribuido a Gutenberg se había extendido por toda Europa. En la misma Maguncia, Fust y Schöffer habían adquirido la mayor parte de los materiales de Gutenberg y el negocio siguió en manos de Johann, hijo de Schöffer. Johann Mentelin estableció una imprenta en Estrasburgo e imprimió una Biblia entre 1460 y 1461, que competía con la de Gutenberg. Gunther Zainer probablemente fue discípulo de Mentelin en Estrasburgo, y fue llamado a Augsburgo por el abate de San Ulrich y San Afra, que ya era famosa por

su *scriptorium*, y la primera publicación vino de su imprenta en 1472. Ese mismo año, la primera imprenta que se estableció en Ulm fue la de Johann Zainer, que debe de haber sido el hermano de Gunther Zainer de Estrasburgo (Febvre y Martin, 1976).

Pronto se establecieron imprentas en otras ciudades alemanas. Ulrich Zell estableció una prensa en Colonia en 1464; esta ciudad fue un importante centro de impresión en el noroeste de Alemania durante algunos años, y fue aquí donde se capacitó Caxton. La imprenta de Anton Koberger funcionó en Nuremberg desde 1470. Johann Amerbach imprimía en Basilea desde 1477, aunque luego los impresores de Zúrich se volvieron preeminentes en las zonas protestantes a partir de 1521. Stephen Arndes de Hamburgo se asentó en Lubeck en 1486, una ciudad importante en la Liga Hanseática: desde aquí las imprentas difundieron su trabajo e introdujeron la técnica en los pueblos de todo el Báltico (Febvre y Martin, 1976). Alemania poseía un eficiente sistema de publicación; ahora necesitaba el material y el motivo para publicarlo.

LA REFORMA

La Reforma Protestante del siglo XVI y principios del XVII fue el equivalente a una metamorfosis en la imaginación religiosa europea. Fue una batalla de doctrinas, libros sagrados y modos de culto que se libró en un ámbito de debate público que había sido habilitado por la imprenta (Gilmont, 1999). Desde el momento en que las ideas y los métodos del Humanismo ingresaron en Europa del Norte desde Italia, le dieron a un nuevo cuerpo de académicos alemanes, entre ellos Johannes Reuchlin, Sebastian Brandt y Ulrich von Hutten, los medios para impulsar la expresión de sentimientos generalizados anticlericales y nacionalistas. Estos hombres usaron la artillería retórica de la educación humanista para crear una sátira social y comentarios políticos que ya hacían tambalear la autoridad papal.

Cuando Martín Lutero (1483-1546) entró en escena en 1517, proclamando los resultados de una relectura humanista de la Biblia, su incipiente teología se integró al escenario de descontento popular que se expresaba en folletos, libros, volantes y grabados. La rebelión personal de Lutero no fue sino una expresión del impulso de la baja Edad Media de una reforma que, al tratar de despertar la espiritualidad de los laicos y reavivar el espíritu evangélico del cristianismo, criticaba la jerarquía, la corrupción mundana y, en última instancia, la teología de la Iglesia Católica Romana. El hecho de que Lutero se convirtiera en la personalidad central alrededor de la cual se dio una revolución religiosa, social y política se debió, en parte, a la imprenta.

En el pasado, la innovación religiosa había sido o bien absorbida por la Iglesia, o bien clasificada como una herejía o cualquier otra cosa menos extinguida, como la Iglesia Husita en lo que hoy es la República Checa. La producción masiva de libros permitió que la nueva generación de ideas reformistas llegara a un público mucho más amplio con una velocidad nunca antes alcanzada y obligó al debate público de los temas vinculados a la reforma. En octubre de 1517, Lutero supuestamente sigue la tradición del debate medieval, al clavar sus argumentos contra las indulgencias papales en la puerta de la iglesia de Wittenberg. A partir de entonces, sin embargo, la disputa se trasladó a los fueros públicos. Entre 1517 y 1520, los centros de impresión, como los de Colonia, Nuremberg, Estrasburgo y Basilea imprimieron más de 300.000 copias de tratados breves de Lutero, incluyendo los famosos panfletos de 1520: *La nobleza alemana*, *El cesterio babilónico* y *La libertad cristiana* (Febvre y Martin, 1976).

Muchos impresores alemanes de este período eran predicadores o ex sacerdotes con educación humanista que veían la oportunidad que la nueva tecnología le brindaba a la evangelización. A través de su función editorial, la imprenta se convirtió en una mediación entre el academicismo de los re-

formadores educados y las diferentes formas de una cultura popular predominantemente oral y visual. De alguna manera, esto prefiguró el impacto de la imprenta tiempo después sobre las sociedades orales y alfabetizadas, por ejemplo, en el subcontinente indio (Bayly, 1996). En prefacios a la Biblia, folletos y tratados ilustrados con viñetas, sofisticadas ideas doctrinales adoptaban el lenguaje, la imaginería, rimas y consignas de la gente común. Desde el púlpito, los evangelistas viajeros armados con textos uniformes podían volcar las ideas reformistas en los oídos de la gente y en las tabernas, ayuntamientos, granjas y mercados de Europa. Al mismo tiempo, el pensamiento de la élite educada se reformó y se redirigió debido a la participación en las polémicas populares.

La guerra de panfletos que se desencadenó en Alemania entre 1520 y 1525 hizo famoso a Lutero, pero al demostrar el tipo de apoyo que podían inspirar sus ideas, alentó al monje, antes tímido, a pensar a través de su teología radical y a comenzar una nueva traducción de la Biblia al alemán. La noción luterana del "sacerdocio de todos los creyentes" animó a los laicos a pasar por alto al clero y a interpretar las Escrituras por sí mismos (Gilmont, 1999). Richard Baxter escribió casi dos siglos más tarde, en 1673:

Las sagradas escrituras no son sino la prédica del evangelio dirigida al ojo tal como la voz le predica al oído. La prédica oral se basa en la preeminencia del movimiento de los afectos y se diversifica en función del estado de las congregaciones que asisten a ella. De este modo, la leche que se mama está más caliente. Pero los libros tienen ventajas en muchos otros aspectos. Uno puede ser capaz de leer a un predicador cuando no hay posibilidad de escucharlo. Los predicadores pueden ser silenciados o desterrados, mientras que los libros pueden estar a mano. Los libros pueden costar menos que los predicadores. Un libro, si se lo elige bien, es algo presente, constante, cotidiano, pertinente, poderoso en sus sermones y siempre de gran utilidad para la salvación personal (Chartier, 1989b: 124).

Este punto de vista condujo naturalmente al aumento de la producción de biblias y de literatura devota en lengua vernácula, así como de sátiras religiosas, sociales y políticas. La década de 1520 fue testigo de la multiplicación por diez de la producción de libros en alemán. La imprenta, entonces, permitió que los reformadores sostuvieran un ataque a gran escala respecto de los abusos de la Iglesia y, al mismo tiempo, suministró el material con el cual encontrar formas alternativas para los actos piadosos y para la construcción de una nueva iglesia (Eisenstein, 1979).

El libro desempeñó un papel igualmente importante en la difusión de las ideas reformistas en el resto de Europa. Ginebra y Estrasburgo se convirtieron en puntos significativos para la publicación de las ideas de Juan Calvino, mientras que folletos y biblias de diversas sectas se introducían de contrabando en Inglaterra para propagar el cambio (Febvre y Martin, 1976). Los propios reformadores eran conscientes de la importancia de imprimir sus propuestas. Lutero describió a la prensa como "el acto de gracia divina más alto y más extremo, a través del cual difundir el evangelio". La Reforma dividió a Europa en católica y protestante, ramas que se basaban en las diferentes culturas literarias del cristianismo que habían formado cada una de sus prácticas religiosas (Gilmont, 1999). La Contrarreforma también resultó impulsada por la prensa, ya que los nuevos manuales católicos sobre la fe, disponibles después del Concilio de Trento, redefinieron la ortodoxia.

EL RENACIMIENTO

Durante el Renacimiento, los que participaron en el "estudio de la humanidad" se conocieron como *umanisti* [humanistas]. Muchos de los primeros humanistas o bien eran sacerdotes o estaban vinculados a la corte papal, pero las creencias subyacentes al estudio humanista abarcaban más que una élite

clerical. En general, los *umanisti* tendían a ser laicos educados: profesores, maestros, notarios, abogados, secretarios y cancilleres. Practicaban un humanismo cívico que tenía como objetivo revivir las ideas clásicas y aplicarlas en un entorno contemporáneo para la regeneración moral de la sociedad. Perseguían este objetivo a través del esfuerzo literario y retórico: por un lado, a través de la traducción de los textos clásicos y la creación de nuevos parámetros historiográficos y filológicos con los que medir las obras de la Antigüedad y, por otro, componer poesía, tratados éticos, historias y cartas —tanto en latín como en italiano— (Grafton, 1999).

Petrarca (1304-1374) es considerado como una figura central en la promoción de este nuevo programa intelectual, los *studia humanitatis*, que pretendían mejorar la condición humana a través del estudio de la sabiduría tal como se encontraba en autores clásicos como Cicerón, Séneca, Virgilio y Tito Livio. De la misma manera que los estudios sobre Cicerón habían ayudado a trasladar la filosofía griega a la cultura romana, Petrarca y sus seguidores concibieron su tarea como una recuperación de las enseñanzas clásicas, antiguo saber de su toque gótico, y su infusión en la cultura italiana. Los *studia humanitatis* defendían la idea del conocimiento como una virtud que vinculaba a la gente en la sociedad, nutría la compasión y civilizaba mediante la educación.

La reconstrucción del pasado clásico inicialmente consistió en la recopilación, enmienda y reinterpretación de obras latinas muy familiares para los estudiosos, un proceso luego fortalecido por el redescubrimiento de textos "perdidos" en las bibliotecas de la universidad y el monasterio, a cargo de bibliófilos como Niccolò de Niccoli (1364-1437) y Poggio Bracciolini (1380-1459). A medida que los textos griegos estuvieron disponibles durante el Renacimiento, debido tanto a los esfuerzos de Aldo Manucio como a otros, el pensamiento humanista tomó un carácter más neoplatónico. En manos del peripatético holandés Desiderio Erasmo, este nuevo saber

devino humanismo cristiano. Erasmo tomó la idea clave del humanismo italiano —la creencia en el poder de la razón para llevar a cabo la reforma moral— y la combinó con la *philosophia Christi*, derivada de sus estudios bíblicos, para producir una visión de la simple piedad cristiana que tenía un atractivo cosmopolita. Así como los humanistas italianos trataron de restaurar los textos y la sabiduría de la Antigüedad, los humanistas cristianos trataron de restaurar los textos y el espíritu del cristianismo temprano. En esta nueva versión, el humanismo era más abiertamente crítico de los abusos del clero, y es de esta manera que las sátiras de hombres como Erasmo trazaron el camino hacia la Reforma (Grafton, 1999).

El humanismo cristiano se transmitió a través de un círculo de académicos y se infiltró en los currículos de las universidades del norte de Europa, algo que inspiró a Tomás Moro a defender el nuevo aprendizaje como un medio para "entrenar el alma en la virtud". La capacidad de los humanistas cristianos para dirigirse y llegar a la cristiandad dependía principalmente de cierto grado de intimidad con la imprenta del que ningún humanista italiano había gozado. Durante la primera década del siglo XVI, Erasmo trabajó con Aldo Manucio, produciendo una versión revisada de sus *Adagios* (1508), y luego con el impresor Basileo Johannes Froben, que publicó por primera vez su Nuevo Testamento griego (1516). Como asesor literario de estos editores, Erasmo pudo influir en la naturaleza de los libros que se imprimían durante esta época. La idea monástica del "apostolado de la pluma" era fundamental para Erasmo, pero en esta etapa se había vuelto un "apostolado de la prensa" (Lowry, 1979).

Avanzado el siglo, el ideal humanista unido a la sabiduría cristiana colapsó bajo la presión separatista de la Reforma, y los humanistas cristianos se dividieron. Algunos se unieron firmemente al campo protestante; algunos ingresaron a sectas radicales, y otros fueron reclutados como parte de la ofensiva religiosa de la Contrarreforma. Como reacción al protestantismo,

la reforma católica evangélica adquirió mayor organización y disciplina, y al hacerlo reconoció la importancia de la imprenta como medio de transmisión. Una nueva gama de literatura devota que promovía las refinadas doctrinas y prácticas católicas fue producida y utilizada por las cofradías y nuevas órdenes para llevar adelante campañas que reforzaran el papel de la Iglesia tradicional en la vida cotidiana. La más famosa de estas órdenes, la Compañía de Jesús —los jesuitas— fundó universidades por toda Europa que, con frecuencia, estaban vinculadas a una editorial. Durante los siglos XVI y XVII, la política y la religión eran inseparables y en este período la industria de la imprenta se desarrolló casi en función de los intereses políticos y religiosos. Bajo el dominio español, Amberes se convirtió en un centro editorial católico (la dinastía de los Plantino), mientras que el protectorado jesuita llevó el dominio católico editorial a Lyon y París (Febvre y Martin, 1976).

SABER Y PODER

La imprenta se propagó por los países de Europa del este durante la década de 1470, y alcanzó Buda en Hungría en 1473, Cracovia en Polonia y Praga en Bohemia en los siguientes dos o tres años. El año 1473 vio los primeros libros impresos en Valencia, España, aunque pasó algún tiempo hasta que la primera imprenta se estableciera en Madrid (1499) o en Lisboa (1489). La primera prensa en Escandinavia fue la de Estocolmo en 1483. La imprenta pronto sobrepasó Europa, estableciéndose en Constantinopla en 1488, y en la ciudad griega de Salónica en el año 1515. Los primeros tipos griegos habían sido cortados por Aldo Manucio en Venecia durante la década de 1490. La imprenta no alcanzó las áreas que utilizaban el alfabeto cirílico hasta mucho más tarde, así que los primeros libros impresos aparecieron en Moscú y Belgrado recién durante la década de 1550 (Febvre y Martin, 1976). En

Inglaterra, el comercio de libros, vinculado a Caxton y el establecimiento de una imprenta en la Abadía de Westminster en 1476, se centró inicialmente en Londres. La preocupación de los Tudor de suprimir la literatura sediciosa y hereje en el siglo XVI dio lugar a un acuerdo entre los libreros y la Corona. La reina Mary concedió el monopolio de la imprenta a la Compañía de Librerías de Londres en 1557, lo cual no solo les dio el control de la producción de libros en la capital, sino que también prohibió imprimir en cualquier otro lugar que no fuera las universidades de Oxford y Cambridge (Feather, 1988).

La paranoia política siguió restringiendo la impresión y venta de libros durante la guerra civil inglesa en el siglo XVII y durante los años del jacobismo, a comienzos del siglo XVIII, pero las imprentas estaban siempre funcionando en las provincias y listas para expandirse si surgían buenas oportunidades. La caducidad de la ley de licencias en 1695 fue una de esas oportunidades que permitió que las imprentas que trabajaban a pedido en las provincias establecieran talleres y produjeran periódicos locales. Las primeras imprentas provinciales no podían darse el lujo de competir en el campo de la edición de libros, pero la distribución local y las redes de publicidad que crearon resultaban atractivas para los libreros de Londres. Durante el siglo XVIII, un sistema descentralizado de comercialización de libros se extendió por toda Inglaterra, basado en el contacto comercial entre Londres y los centros regionales del norte y el centro. A principios del siglo XVIII, las coronas inglesa y escocesa se unieron, lo que le dio un nuevo estímulo a la relativamente subdesarrollada comercialización escocesa del libro. Editores como James Watson de Edimburgo establecieron vínculos con el continente, pero fueron los hermanos Foulis quienes, a mediados del siglo XVIII, convirtieron a Glasgow en el centro del comercio del libro en Escocia. La amenaza de un dominio londinense dio lugar al desarrollo de una legislación sobre derechos de autor (véase el capítulo 4) (Feather, 1988; Rose, 1993).

No todo eran libros y folletos. Durante la modernidad temprana, los descubrimientos del nuevo mundo, los nuevos aprendizajes y las nuevas tecnologías se combinaron para establecer una nueva era para la cartografía (Eisenstein, 1979). En la medida en que fue aumentando la expansión de ultramar de los estados marítimos europeos durante los siglos XV y XVI, también avanzó el arte de la producción y reproducción de mapas. El celo con el que se custodiaban los conocimientos de navegación y los descubrimientos geográficos durante la baja Edad Media indica que, si no estaban disponibles para ser copiados, los manuscritos contemporáneos —como el famoso mapa portugués de Cantino— tuvieron que ser pasados de contrabando a través de los canales de espionaje diplomático y comercial. Los subterfugios solo aumentaron la probabilidad de la distorsión de los contenidos que ya era inherente al copiado a mano.

Sin embargo, a medida que el nuevo mundo se fue estableciendo, se hacía más evidente la necesidad de mapas nuevos y confiables, y los cartógrafos, que buscaban una mayor precisión y consistencia en la reproducción, prestaban atención al emergente negocio editorial. La relación laboral que se desarrolló entre editores y cartógrafos dio como resultado copias más fiables de los mapas y una comercialización más abierta, en la medida en que se fue abandonando el secreto. Como todos los artistas y eruditos influenciados por el humanismo en la modernidad temprana, los cartógrafos regresaban a los ejemplos clásicos y desarrollaban un método inductivo. El mapamundi de Ptolomeo se convirtió en el modelo sobre el que los cartógrafos basaron su trabajo en el siglo XV. A medida que la colaboración con la imprenta llevó a los mapas a la esfera pública, sin embargo, se hizo posible un método más inductivo y el mapa de Ptolomeo, que contaba con un océano Índico rodeado de tierra, fue mejorando poco a poco conforme a las apreciaciones de los exploradores.

Durante el siglo XVI, los holandeses se convirtieron en los cartógrafos más eminentes de Europa (Febvre y Martin, 1976;

Eisenstein, 1979). Las obras de Gerard Mercator (1512-1594) comenzaron a hacer de los mapas algo más fácil de usar, al incorporar desarrollos tipográficos que facilitaban la lectura y utilizar la proyección de Mercator para representar la curvatura del mundo sobre la superficie plana. Abraham Ortelius publicó un atlas del mundo, el *Theatrum*, que fue reeditado continuamente con mejoras y correcciones enviadas por los exploradores y otros cartógrafos.

El proceso de producción de un mapa era complejo ya que no había una gran variedad de datos a incluir. La copia a mano había permitido la representación de una amplia gama de características y la inclusión de diferentes estilos y tamaños de escritura, pero no podía garantizar la exactitud de la reproducción. Por otro lado, los primeros mapas que se imprimieron, a partir de grabados en madera en la década de 1470, garantizaban la normalización, pero no podían presentar datos finos y precisos. El uso de los grabados en placas de metal y de la prensa rotativa permitió imprimir líneas más precisas y delicadas, variación tonal y tipográfica. Este detalle hizo que los mapas se volvieran más útiles no solo para los viajeros, estrategias militares y administradores gubernamentales sino también para la investigación y el fluir de la imaginación de los nobles y eruditos. Figuras alegóricas, monstruos marinos, naufragios y armadas, así como representaciones pictóricas de acontecimientos históricos, decoraban y embellecían los mapas y atlas de este período, volviéndolos algo más que una mera herramientas de referencia.

LA ILUSTRACIÓN

Los mapas y los libros habían estado restringidos a los ricos, ya fueran individuos o instituciones, o a aquellos apasionados por el aprendizaje. Pero la prensa surge en una esfera que superpone lo privado con lo público. Si la élite acomodada terminó comprando textos, como sugiere Chartier, para el

consumo privado en el hogar, el papel de la imprenta en este tipo de "esferas privadas", con el tiempo comenzó a coincidir con lo que Jürgen Habermas ha denominado "esfera pública" (Chartier, 1989b). Este concepto tiene sus raíces específicamente en el efecto de la cultura impresa (libros, periódicos, folletos) en el debate público durante la Ilustración, un período de muy fuerte agitación política (Darnton, 1982a, 1996). La Ilustración es el término aplicado a un movimiento intelectual en Europa, que alcanzó su pico de mayor influencia en el siglo XVIII. Los pensadores de la Ilustración eran frecuentemente críticos de la sociedad contemporánea y, especialmente, de la religión, a la que veían como representación de las cadenas de la superstición que limitaban el espíritu humano. Se pensaba que este espíritu podía ser liberado por el progreso social a partir de la aplicación de la razón a los asuntos humanos y de los avances en el conocimiento científico. Aunque la razón adquirió una importancia mayor a la que tenía en movimientos intelectuales anteriores, los sentimientos y emociones no se negaban por completo. Los pensadores de la Ilustración eran sobre todo críticos, no solo racionales o emocionales, y se concentraban en la búsqueda de explicaciones racionales y científicas de la organización social y de las motivaciones de los individuos, resumidas por Alexander Pope en la frase: "El estudio más interesante del hombre es el hombre mismo".

A menudo se denomina colectivamente a los escritores de la Ilustración como los *philosophes*, lo que refleja el hecho de que muchos de ellos eran franceses (Darnton, 1982a, 1982b). Entre los más prominentes estaba Denis Diderot, que era la fuerza motora de la *Encyclopédie*; el barón de Montesquieu, quien escribió *De l'esprit des lois* [*El espíritu de las leyes*], publicado en 1748, Jean-Jacques Rousseau, autor de *Émile* [*Emilio*] (1762) —que exponía la idea de una educación centrada en el niño— y del tratado político *Du contrat social* (1767) [*El contrato social*], con su famosa frase inicial: "El hombre nace libre, pero en todos lados está encadenado"; y Voltaire, autor de *Candide*

(*Candido*) (publicado en 1759). Los escritores contemporáneos de otras nacionalidades incluían al británico Jeremy Bentham, David Hume, John Locke y Adam Smith (*The Wealth of Nations* [*La riqueza de las naciones*], 1776), los alemanes Immanuel Kant y Gotthold Lessing, y el italiano Cesare Beccaria, entre muchos otros. El libro fue el vehículo del pensamiento ilustrado, un vehículo que cruzaba las fronteras internacionales (Darnton, 1982b).

Muchos de los *philosophes* contribuyeron a la monumental *Encyclopédie, ou Dictionnaire raisonné des Sciences, des Arts, et des Métiers*, que fue originalmente editada por Diderot y D'Alembert (este último se retiró después de la publicación de los primeros siete volúmenes). Fue publicada a pesar de las dificultades que surgieron con las autoridades religiosas, los desacuerdos entre los colaboradores y los gastos de publicación. La *Encyclopédie* se publicó entre 1751 y 1772, y contaba con 35 volúmenes, incluyendo suplementos: 12 volúmenes contenían ilustraciones y 2 volúmenes eran de índice. Sus objetivo era resumir todo el conocimiento de la época y probar que la razón era fundamento suficiente sobre la cual basarse y, así, reemplazar a la religión (Darnton, 1982b).

Algunos pensadores de la Ilustración, como Montesquieu, se concentraron en cuestiones políticas, como la legitimidad de las distintas formas de gobierno y de la adecuación de la legislación que regula la vida cotidiana. Las ideas iluministas influyeron en algunos soberanos del siglo XVIII, conocidos como los "déspotas ilustrados": este término se refiere, en particular, a Federico el Grande de Prusia (1712-1786), José II de Austria (1741-1790) y Catalina la Grande de Rusia (1729-1796), así como a los monarcas de algunos países más pequeños. A pesar de que siguieron siendo monarcas absolutistas con poderes despóticos, se presentaban a sí mismos en el papel de servidores del pueblo, más que en el de amos. Esto los hizo responsables de mejorar la suerte de sus súbditos, algo que se lograría en parte gracias a la modernización del Estado y a la

"ciencia" de la administración. Esto implicó el establecimiento o la ampliación de una burocracia dedicada a la gestión racional y eficiente de los asuntos de gobierno, que también podía abarcar cuestiones sociales como la mejora de la educación y la supresión de restricciones como los peajes internos con el fin de promover el comercio. El amplio desarrollo de una ciudadanía letrada creó un deseo de conocimiento que estimuló la creación, producción y distribución de nuevos títulos que, a su vez, promovieron los ideales de una ciudadanía letrada y su derecho a acceder al conocimiento.

El concepto de derechos humanos tuvo su origen entre los pensadores de la Ilustración e inspiró a los pensadores de las Revolución Francesa y la estadounidense de fin de siglo. Se culpó a los pensadores de la Ilustración por algunos estallidos y excesos de la Revolución Francesa, como se vio, por ejemplo, cuando Catalina de Rusia —alguna vez mecenas de Diderot—, revirtió algunas de sus políticas más iluministas. Sin embargo, las ideas mismas pueden haber sido menos influyentes que los hábitos de pensamiento crítico engendrados por autores como Rousseau y Voltaire, cuyas obras fueron publicadas y leídas en toda Europa, y a partir de allí, en las colonias y puestos fronterizos.

LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

La Ilustración creó y reflejó el espíritu de racionalismo e investigación científica que vio sus resultados prácticos en la implementación de nuevos procesos, en particular la sustitución del trabajo humano por el trabajo mecánico durante la Revolución Industrial. La era de la industrialización desde fines del siglo XVIII hasta el XIX fue un período en el que la circulación de bienes materiales y de información mejoró drásticamente. También fue un período de urbanización en el que los trabajadores y sus familias emigraron a los nuevos centros

industriales. Estos cambios afectaron tanto la demanda como la oferta editorial. Los desarrollos en el transporte debido a mejores canales, caminos, puentes y luego vías férreas transformaron la sociedad y abrieron nuevos mercados y una nueva gama de productos para publicar. La expansión de la comunidad empresarial necesitó de una variedad de productos impresos para administración y publicidad, mientras que una red de información, formada por el sistema postal, el telégrafo y los periódicos crearon una sociedad más amplia, con intereses compartidos.

Con la constante mejora de los niveles de alfabetización, las nuevas condiciones sociales urbanas produjeron una demanda no solo para nuevos tipos de material impreso, sino también una mayor cantidad de ellos. En respuesta, la industria de la imprenta pudo aprovechar los avances tecnológicos, como la energía a partir del vapor, para lograr la mecanización y mejorar significativamente los métodos de fabricación prácticamente por primera vez desde Gutenberg (Fyfe, 2012). Para la imprenta, la industrialización significó el cambio de la prensa manual a la mecánica. El primer paso en este proceso fue la sustitución, durante las primeras dos décadas del siglo XIX, de la tradicional prensa de madera por máquinas totalmente hechas en hierro, como la prensa Stanhope y luego los modelos Columbian y Albion. Estos instrumentos eran más potentes, más rápidos y más fáciles de manejar, pero no aumentaron lo suficiente el número de páginas que podían imprimirse en una hora. El movimiento hacia la mecanización total provino de periódicos y revistas, en particular del diario londinense *The Times* (Feather, 1988). En las últimas décadas del siglo XVIII y comienzos del XIX, *The Times* fue el único periódico cuya circulación era lo suficientemente grande como para requerir la búsqueda de mayor velocidad en el funcionamiento para satisfacer las demandas de producción. Fue este diario el que financió el desarrollo de las máquinas de vapor de Koenig durante la década de 1810 y su subsecuente mejora a cargo de Applegath y Cowper durante la década de 1820 (véase el capítulo 5).

La experimentación a cargo de varios ingenieros durante el siglo XIX significó que innovaciones como la prensa rotativa y los sistemas de entintado y estereotipos gradualmente se convirtieron en algo estándar. Al igual que en otras industrias, el camino hacia una mayor mecanización suscitó la oposición formulada por la fuerza de trabajo tradicional. La primera máquina de vapor que se usó en *The Times* se instaló en secreto por temor a provocar a los que manejaban la imprenta. La estereotipia también amenazaría la situación de los compositores. Desde la Reforma, y a lo largo de la Ilustración, la imprenta siempre había estado ligada a la difusión de ideas radicales y al surgimiento de la conciencia política. A fines del siglo XVIII, este vínculo se manifestó en el papel de la prensa en la aparición de una cultura radical (Lee, 1976). Folletos, publicaciones periódicas y páginas de noticias que defendían la causa de la reforma contribuyeron a la formación de la opinión pública. *Los derechos del Hombre*, de Tom Paine, se publicó en 1792, y la revista radical de William Cobbett, *Weekly Political Register*, alcanzó en 1817 una circulación de más de 40.000 ejemplares. Al igual que en la Reforma, los productos de la prensa radical alimentaron una cultura de la comunicación oral de la que surgieron grupos de lectura, sociedades de debate y talleres de discusión (esto proporciona una perspectiva menos confrontativa de las categorías de lo oral, lo letrado y lo impreso proporcionadas por Ong -1982-, en su teoría general, o por McKenzie -1984-, en relación más específicamente con el Tratado de Waitangi, como se explica en el capítulo anterior).

Debido al alto grado de alfabetización exigido por la profesión, los trabajadores de la imprenta eran importantes en la transmisión de ideas radicales a los no lectores dentro de la cultura oral. La camaradería siempre había sido fuerte entre los trabajadores del gremio, como ya se ha señalado, y las hermandades fundadas en los primeros negocios de imprenta se habían desarrollado en Inglaterra en el siglo XVIII en grupos

conocidos como "capillas" (Feather, 1988). Estos protosindicatos eran organizaciones de jornaleros que controlaban las prácticas laborales de trabajo, pero también actuaban como foco social y representantes de las quejas de los trabajadores. El radicalismo alentó a las capillas a organizarse más y la década de 1790 fue testigo de la consolidación de organismos relacionados. La Asociación de Compositores se formó en 1792 y pronto le siguió la Sociedad de Amigos de los Operadores de Prensa. Gracias a las capillas y a los sindicatos que asumieron sus funciones, el negocio de la imprenta fue uno de los primeros en negociar con éxito acuerdos salariales.

En un clima de miedo, abonado por los acontecimientos de la Revolución Francesa, Gran Bretaña fue dura en su represión a la agitación obrera. La legislación de 1799 (*Combination Acts*) prohibió las asociaciones obreras, y muchos agitadores fueron encarcelados por conspiración política. Editores radicales, como Richard Carlile, lucharon por la libertad de prensa y, a menudo, ellos también fueron encarcelados. Los controles legales y fiscales de la prensa -estos últimos llamados "impuestos al conocimiento"- fueron introducidos también en este momento. Sin embargo, a medida que el siglo XIX entraba en un período de estabilidad y satisfacción general, después de las guerras napoleónicas en Europa y sus extensiones en América del Norte y la India, la voluntad para hacer cumplir estos controles disminuyó, y poco a poco se fueron retirando (Lee, 1976). La vigilancia se había vuelto más difícil, ya que las redes de comunicación se volvieron más sofisticadas. La industrialización cambió no solo las prácticas en los talleres y la cultura en los pueblos y ciudades, sino también significó que la imprenta se centró menos en Londres en la medida en que un mejor transporte de mercancías y personas permitió que se establecieran las imprentas provinciales.

EL LARGO SIGLO XIX

El siglo XIX fue testigo de una revolución en el mundo editorial. La industrialización de la mayor parte del proceso de producción del libro implicó menores costos y un aumento de la producción. Inventos como la prensa de vapor, la mecanización de la composición tipográfica, la estereotipia y las innovaciones en la reproducción de la ilustración aseguró que la producción de libros fuera más eficiente y mucho, mucho más rápida. Las sociedades industrializadas de todo el mundo vieron la necesidad de una fuerza laboral más educada, y ciertamente letrada, para desempeñar nuevos puestos. Las leyes educativas (*Education Acts*) cimentaron el crecimiento de la alfabetización en el Reino Unido de manera tal que, a fines del siglo XIX, la gran mayoría de la población constituía un mercado para los libros (Feather, 1988). La edición de libros se convirtió en una industria en auge. Crecía la competencia entre los impresores y libreros establecidos, y cuando se fueron expandiendo y consolidando, se convirtieron en las casas editoriales que dominarían el negocio hasta la segunda mitad del siglo XX e incluso más allá.

El mercado editorial se benefició con los avances en las redes de comunicación y distribución, las mejoras en las carreteras, teléfonos y ferrocarriles. Esto hizo que los editores de las provincias pudieran manejar sus negocios en pie de igualdad con los de Londres. El aumento de la población en Europa y Estados Unidos (en el siglo XIX, la población de Europa se duplicó y la de Estados Unidos aumentó quince veces) proporcionó un público ávido de libros y revistas (Fischer, 2003). Se requerían libros para leer en los viajes en tren, en las nuevas escuelas estatales, en las bibliotecas, y para obtener información acerca de los nuevos oficios producidos por la industrialización (algo que se expondrá con más detalle en el capítulo 6).

El idealismo y el "amor por los libros" que había caracterizado a unos pocos editores antes del siglo XIX dio paso, en parte, a un mayor enfoque en las ganancias y a objetivos comerciales viables. Se publicaron más y más títulos y los nichos temáticos de los editores se diversificaron. En Gran Bretaña, se publicaban alrededor de 100 títulos nuevos cada año hasta 1750, aumentando a 600 en 1825 y a 6.000 para principios del siglo XX (al final del siglo, la publicación de nuevos títulos alcanzaría la marca de 100.000) (Feather, 1988).

La profesionalización de la edición y comercio de libros, en general, estuvo marcada por la formación de la *Publisher's Association* (PA) [Asociación de Editores], la *Bookseller's Association* [Asociación de Libreros], la *Society of Authors* [Sociedad de Autores] y, a través del nuevo PA, la elaboración del *Net Book Agreement* [Acuerdo de Precio Fijo para el Libro] (Fettes, 1986). El papel del autor se vio reforzado por el surgimiento del agente literario. Esto se expone con más detalle en el próximo capítulo; sin embargo, tal vez valga la pena destacar en este punto que la reflexión de Bourdieu sobre "el campo de la producción cultural" parece más apropiada en el entorno de los siglos XIX y XX (Bourdieu, 1993).

A mediados del siglo XIX se vio el nacimiento de las colecciones populares, se publicaron grandes cantidades de libros a precios bajos y destinados para el consumo masivo: "Literatura para millones". Se publicaron 1.300 títulos pertenecientes a las novelas de la Biblioteca Ferroviaria de George Routledge [George Routledge's Railway Library], con un precio de un chelín cada una, a tono con el precio de la mayoría de los libros de bolsillo. Muchos libros de esta colección eran reimpressiones más baratas gracias al hecho de que los derechos de autor habían caducado y no había regalías para pagar. A partir de la visión comercial de las editoriales, la cultura impresa alcanzó su apogeo (Sutherland, 1976).

DERECHOS DE PROPIEDAD INTELECTUAL

Sin embargo, al hacerlo, también comenzó a desplazarse desde el transporte físico de los libros a la venta de derechos de un texto, para la reproducción, traducción, adaptación —para el teatro o para los nuevos medios como el cine o la radio— y *merchandising* —como en el caso de las historias de Sherlock Holmes, que generaron una gama de productos—. Esta transición desde la centralidad del libro como objeto material hacia el texto como recurso se basó en un régimen seguro y aplicable de derechos legales internacionales.

A mediados del siglo XVI, como hemos visto, el negocio editorial en Inglaterra era efectivamente controlado por la Compañía de Librerías. El derecho perpetuo de imprimir una obra y los beneficios consiguientes se restringieron al que tenía los derechos —habitualmente el editor— que le compraba la obra a su autor o compilador. Aunque era posible proteger los derechos de una editorial sobre un texto, inscribiéndolo en el registro de la Compañía de Librerías, la primera edición aseguraba, de hecho, los derechos sobre muchos libros, incluso si se trataba de una edición pirata producida sin pagarle al que la había originado o al que había comparado los derechos de autor. Los derechos a imprimir algunos trabajos particularmente rentables, como la Biblia, los libros litúrgicos y algunos libros de textos estándar, se limitaban a un pequeño grupo de editores y se consideraban propiedades valiosas que se negociaban y se heredaban.

En el Reino Unido, la primera ley de derechos de autor [*Copyright Act*], de 1709, estableció que el derecho de autor sobre una obra le pertenecía a su autor. Las razones de este cambio se tratan con más detalle en el capítulo siguiente (Foucault, 1984; Rose, 1993). Este cambio le permitió a algunos autores solicitar mayores sumas de dinero en el momento de vender sus obras a los editores, aunque la venta de los derechos de autor siguió siendo, durante algún tiempo, un acuerdo

más habitual que el de la participación en las ventas o regalías. La publicación de libros sobre la base de una suscripción, un método popular de financiar las publicaciones antes de 1709 también siguió siendo popular. Sin embargo, aunque los derechos de autor podían hacerse cumplir dentro de un país, estos no tenían ningún estatuto internacional. En lo referente a las publicaciones en idioma inglés, esto dio lugar a un vigorosa y descontrolada piratería de obras británicas que se llevaban a Estados Unidos y que enfurecía a autores populares como Dickens. Este último, de hecho, prestó su nombre y le dedicó energía a las campañas para el reconocimiento transatlántico de regulaciones de derechos de autor en la línea de lo que ya había sido establecido en Europa. Esta presión finalmente tuvo éxito, pero no hasta después de la muerte de Dickens en 1870. La protección internacional a los derechos de autor se estableció y se mantuvo a través de tratados como el Convenio de Berna de 1886 y la Convención Universal sobre Derechos de Autor de 1952. Una nueva ley sobre derechos de autor del Reino Unido, de 1911, reconoció el potencial de otros medios además de la imprenta al ampliar la protección del derecho de autor a otras formas de expresión y producción. Esto, a su vez, proporcionó una base segura tanto para el desarrollo de esos medios de comunicación como para la adaptación de la obra de un autor para diversos medios.

EL CRECIMIENTO DE LA EDICIÓN EN RÚSTICA

Como los derechos originados por los libros comenzaron a ser explotados a principios del siglo XX a través de varios medios de comunicación populares, como el cine o la radio, los editores buscaban una forma de atraer a esas audiencias masivas que los nuevos medios de comunicación ponían de manifiesto. En 1935, Allen Lane lanzó Penguin, la innovadora y pionera marca de libros de bolsillo. Inspirada en las reediciones de bol-

sillo de Albatros, que eran populares en el continente europeo, y consternados por la falta de material de lectura disponible para el tren, Lane diseñó la colección Penguin (McCleery, 2002). A pesar de considerarse "baratos y divertidos", los libros de Penguin gozaban de un alto nivel de diseño y tipografía para su precio de venta original, que era una moneda de seis peniques. De hecho, algunas de las primeras ediciones de Penguin se han convertido en artículos de colección, apreciados por la excelencia de su diseño. Los expertos se mostraron escépticos sobre la primera publicación. Los libreros temían una reducción de las ganancias, en comparación con las ediciones de tapa dura, y mientras Lane apostaba sobre los gustos de los compradores, las tiradas iniciales fueron altas con el fin de mantener el costo unitario de producción, y por lo tanto el precio al por menor, lo más bajo posible. No obstante, Penguin representaba una buena relación calidad/precio. La apuesta de Lane dio sus frutos. Penguin se convirtió en casi un sinónimo de publicaciones en rústica de buena calidad. Penguin, que en la década de 1930 había representado un experimento arriesgado en la popularización del libro, se convirtió en un negocio multimillonario dentro del grupo de empresas Pearson.

La revolución del libro de tapa blanda cruzó el Atlántico, donde las empresas estadounidenses infundieron al diseño editorial y a la comercialización un mayor grado de dinamismo y energía. Penguin misma abrió una sucursal estadounidense poco antes de la Segunda Guerra Mundial. Este conflicto fue un momento importante en la democratización de la lectura y del libro, tanto de ficción como de no ficción. Los ejércitos se dieron cuenta de la necesidad de una tropa alfabetizada, educada en los principios por los que estaban luchando y capaz de asumir el papel de ciudadanos activos en el momento del cese de las hostilidades. La ley de reajuste para los soldados [*GI Bill of Rights*] en Estados Unidos y la expansión de las universidades en el Reino Unido de la posguerra fueron una continuación de este reconocimiento del derecho del individuo a la educación y

de su necesidad social. Los libros de tapa blanda constituyeron herramientas de conocimiento de bajo costo que podían colaborar con esa educación formal e informal. Muchos otros editores comenzaron a producir libros en rústica, y por la década de 1950 tenían una presencia notoria en las bibliotecas y librerías de todo el mundo. Al abordar todos los temas imaginables, los libros en rústica eran descables y accesibles para todos. De hecho, se dice que la proliferación de libros de tapa blanda convirtió a los que sacaban los libros de las bibliotecas en compradores de libros, creando así un *boom* en la industria editorial y de la información. Este nuevo público lector creó un mercado para la nueva escritura y revitalizó muchas de las industrias conectadas con la compra de libros: el comercio minorista, la comercialización y el diseño salieron beneficiados. Los libros en rústica se abrieron camino en todos los ámbitos de la vida y se vendían en nuevos contextos: farmacias (en Estados Unidos), supermercados, aeropuertos y venta ambulante, entre ellos (West, 1985).

Tradicionalmente, los libros de tapa blanda eran reimpressiones de títulos de tapa dura que habían tenido éxito y estaban listos para un público más amplio. Sin embargo, algunos editores, en particular los de ficción literaria, publican ahora sus primeras ediciones en rústica, lo que mantiene bajos los costos y permite que la obra sea difundida entre la mayor audiencia posible. En la publicación académica, es bastante habitual que las ediciones de tapa dura y tapa blanda de un título se publiquen al mismo tiempo: la edición de tapa dura para su uso en las bibliotecas públicas y universitarias, y la edición en rústica para los mismos estudiantes.

EL FINAL DEL SIGLO XX Y MÁS ALLÁ

Durante la segunda mitad del siglo XX, las editoriales se reunieron a través de fusiones y adquisiciones para formar grandes conglomerados, a menudo, transnacionales (Greco,

1995, 1996). Hay tres factores que están detrás de este movimiento: la conciencia de la naturaleza internacional de la industria editorial y las oportunidades para la comercialización transnacional de sus productos; la necesidad de explotar productos a través de una serie de medios de comunicación, incluyendo el cine y la televisión, y, en general, la infracapitalización de las editoriales más pequeñas e independientes. Han surgido dos tipos de conglomerados: uno en el que la impresión se basa en un lugar y se opera en un número de diferentes países –tal es el caso de Bertelsmann, con sede en Alemania–; el otro opera en diferentes medios de comunicación, uno de ellos, y no necesariamente el más importante, sería la edición de libros –por ejemplo, *News Corporation*, propiedad de HarperCollins–. La formación de estos conglomerados no siempre es considerada benigna. A menudo, el ejercicio involucra poco más que la liquidación de activos de las ediciones, autores, fondo editorial y personal. Algunos autores reaccionaron de manera adversa frente a la pérdida de cierta intimidad en su relación con los editores, mientras que otros le dieron la bienvenida a una explotación más eficaz de su trabajo. Hubo una percepción general de la tensión entre los aspectos creativos de la edición y la necesidad, impulsada por una centralización de la dirección, de cumplir con objetivos de rentabilidad comunes (Schiffrin, 2001). El fracaso para lograr esto último llevó a la desaparición de editoriales largamente establecidas o importantes editores a nivel regional o nacional. Sin embargo, el lado creativo de la edición continuó prosperando a través de la constante fundación de firmas independientes, habitualmente a cargo de ex empleados de los conglomerados. La venta de libros también vio durante este período el surgimiento de cadenas internacionales, algunas de las cuales formaban parte de medios más amplios o de conglomerados editoriales. La pérdida del dominio editorial, su dilución institucional dentro de los conglomerados multimediáticos, la globalización de la información y la cultura, ella misma basada en la explotación de firmes dere-

chos de propiedad intelectual: todos estos factores condujeron a un cuestionamiento acerca del futuro del libro, un tema que será tratado en más detalle en nuestro capítulo final.

CONCLUSIÓN

Este ha sido un capítulo extenso. En sustancia, la producción y distribución de libros impresos ha estado en el corazón de la historia del libro y ha definido los debates sobre la relación entre la producción y distribución, y su contexto social. Desde una perspectiva puramente interna, ese contexto consistió tanto en la adaptación y desarrollo de estructuras que ya existían para los manuscritos como en la creación de estructuras nuevas que se ajustaban a la rápida propagación de la imprenta. Desde una perspectiva externa, este contexto consistió, por un lado, en la relación entre la imprenta y los grandes movimientos de importancia social, cultural y política como la Reforma, el Renacimiento y la Ilustración y, por otro, en la relación entre las estructuras editoriales y las instituciones de poder –el Estado y la Iglesia–. Si bien la naturaleza de esas relaciones sigue siendo la fuente de una animada controversia, como vimos en el capítulo 1, son cruciales para la historia del libro y su capacidad de proporcionar un análisis sólido acerca del pasado reciente, tal como veremos en el capítulo 7.

CUESTIONES PARA PENSAR

Estas son algunas de las preguntas claves a considerar en el momento de reflexionar sobre los temas tratados hasta ahora. A menudo se trazan analogías entre enciclopedias impresas como la *Encyclopédie* o la *Encyclopaedia Britannica*, y en fuentes de información *online* como Wikipedia. ¿Cuáles son las principales similitudes y diferencias entre las dos? Si la distribu-

ción del libro físico se desplazó desde ríos y cursos de agua al ferrocarril en el siglo XIX, entonces, ¿cómo se distribuyeron los libros impresos en el siglo XX? Los libros contemporáneos ¿son puramente funcionales o uno puede encontrar ejemplos que podrían figurar junto a los mejores manuscritos monásticos en términos de su atractivo estético?

Autores, autoría y autoridad

INTRODUCCIÓN

Este capítulo analiza cómo los conceptos de autoría han cambiado y se han desarrollado en los últimos 1.000 años. Examina las definiciones medievales de autoría. En el contexto de ese período, cuando la producción de manuscritos estaba basada principalmente en espacios religiosos o eclesiásticos, los "autores" eran vistos a menudo como reproductores, compiladores, anotadores, o comentaristas. Vamos a examinar cómo la introducción de la imprenta desde la década de 1450 redefinió la autoría como una actividad más creativa que podría llevar a un individuo a la fama y a contar con alguna fortuna. También nos referiremos al lugar del mecenazgo en el apoyo y la formación de la producción textual. El capítulo luego pasa a considerar la cuestión de los derechos de autor y cómo la introducción de las leyes de derechos de autor en la década de 1700 en adelante cambió el modo en que se le paga a los autores y las cosas que producen. Además cubriremos brevemente los efec-